

BOLETIN DE LA
ACADEMIA PERUANA
DE LA LENGUA

15

LIMA, 1980

BOLETIN DE LA
ACADEMIA PERUANA
DE LA LENGUA

15

**BOLETIN DE LA
ACADEMIA PERUANA
DE LA LENGUA**

15

LIMA, 1980

Academia Peruana de la Lengua
(Instituto Nacional de Cultura) — Ancash, 390
Administración del Boletín — Ancash, 769
Lima 1 — Perú.

BOLETIN DE LA
ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

Nueva época

Lima, 1980

Número 15

ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

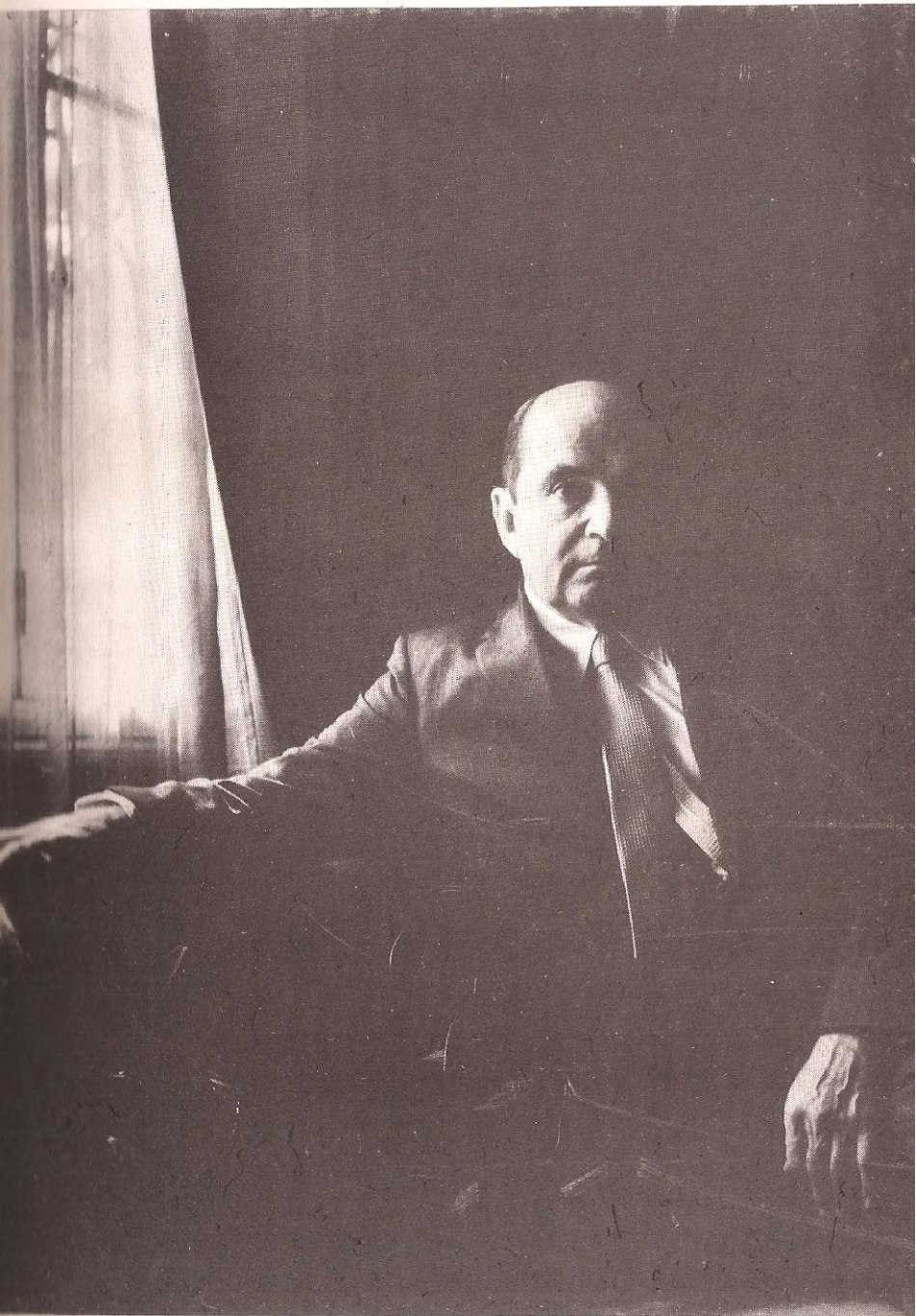
DIRECTOR: José Jiménez Borja
CENSOR: Oscar Miró Quesada
SECRETARIO: Augusto Tamayo Vargas
TESORERO: Estuardo Núñez
BIBLIOTECARIO: Luis Jaime Cisneros

Académicos de Número

Oscar Miró Quesada	(1917)
José Jiménez Borja	(1941)
Guillermo Hoyos Osoreo	(1941)
Aurelio Miró Quesada S.	(1947)
José Luis Bustamante y Rivero	(1956)
Rafael de la Fuente Benavides	(1956)
Héctor Velarde	(1956)
Alberto Wagner de Reyna	(1961)
Luis Jaime Cisneros	(1965)
Estuardo Núñez	(1965)
Augusto Tamayo Vargas	(1965)
Guillermo Lohmann Villena	(1971)
Francisco Miró Quesada	(1971)
Martha Hildebrandt	(1971)
Juan Ríos Rey	(1975)
Alberto Escobar	(1975)
Mario Vargas Llosa	(1975)

Javier Sologuren	(1975)
Fernando Romero	(1976)
José Tola Pasquel	(1976)
Alberto Tauro	(1979)
Luis Alberto Sánchez	(1980)
Carlos Germán Belli	(1980)
Miguel Angel Ugarte Chamorro	(1980)
Manuel Solari Swayne	(1980)
Antonio Cornejo Polar	(1980)
José Agustín de la Puente	(1980)
Luis Hernán Ramírez	(1980)
Enrique Carrión Ordóñez	(1980)





DR. JORGE BASADRE G.

JORGE BASADRE
(1903 - 1980)

Por José JIMENEZ BORJA

(Discurso del Director de la Academia Peruana de la Lengua en las exequias del Académico de Número don Jorge Basadre Grohmann el 30 de junio de 1980).

En representación de la Academia Peruana de la Lengua, de la cual era Jorge Basadre antiguo y eminente Miembro de Número, debo expresar nuestra profunda congoja por la pérdida insondable que significa su muerte.

Su altísima talla de pensador con poder de vuelo y de síntesis, a la vez dominador de horizontes y cohesionador sorprendente, lo hizo el polígrafo de su generación como lo fue Francisco García Calderón de la anterior.

Era un sensitivo de la belleza de donde se originó su capacidad para la crítica literaria y el periodismo de arte. De allí surgió su personalísimo estilo de fuerza escultural y finos matices. Era un sociólogo que contempló el proceso humano desde perspectivas y cortes penetrantes. Era un delicado psicólogo capaz de reconstruir el alma tanto de las épocas como de los personajes. Era un visionario del des-

tino del país cuyas líneas trazó en estudios magistrales. Era, en fin, una espiritualidad de nítida transparencia que cruzó sombrías encrucijadas con la pulcritud de su paisano Vigil.

Todo ésto unido a su vocación científica que renovaba sin cesar sus métodos, lo llevó a la arquitectura monumental de su Historia de la República, rigor eurístico y torrente épico, atalaya de cumbre y miniatura primorosa, severidad y ternura, presencia siempre agitada de su pasión nacionalista sin mengua de la objetividad y conciencia realistas.

Su gran obra de conjunto es por eso a la vez fuerte y bella como era el escudo de Aquiles en la leyenda homérica: vigor eterno labrado con exquisita elegancia.

Compañero de infancia, de juventud, de carrera docente, de vida académica, de lucha plebiscitaria en 1925-26 que determinó la recuperación de Tacna, puedo testimoniar que hoy, desde su lejana y gloriosa provincia, llega una brisa para besar su frente.

JORGE BASADRE HISTORIADOR DE LA REPUBLICA *

Por Jorge Guillermo LLOSA

Jorge Basadre, llamado por excelencia "El Historiador de la República", nació en la ciudad de Tacna, al sur del Perú, en 1903, bajo la ocupación chilena. Siendo joven estudiante participó activamente en la dura campaña plebiscitaria de Tacna y Arica de 1925. Estos hechos marcan en Basadre un sentimiento de peruanidad probado en el dolor y en la lucha.

Desde su juventud se inclinó al estudio de los documentos y a la vocación histórica. Fue empleado de la Biblioteca Nacional, Director de la Biblioteca de la Universidad de San Marcos y profesor de Historia de la República en la misma institución.

Sensible a las inquietudes de su generación, intervino en la Reforma Universitaria y en el grupo llamado "Conversatorio Universitario" (1919-1921) que conmemoró el centenario de la independencia con estudios originales de investigación de la historia republicana. En él participa-

* Artículo publicado en "El Comercio" de Lima y "El Nacional" de Caracas.

ron, entre otros, Jorge Guillermo Leguía, Raúl Porras Barrenechea y Luis Alberto Sánchez.

En los años 1929 y 1930 se inicia su producción bibliográfica. Publica el ensayo "Perú, problema y posibilidad" en el que denuncia la estructura colonial y feudal de la nación peruana y propugna un socialismo democrático; así como el discurso universitario "La multitud, la ciudad y el campo en la Historia del Perú" en el que se presentan por primera vez los protagonistas sociales y colectivos de la historia nacional. En "La iniciación de la República" reconstituye la época tempestuosa que se desata con el alejamiento del General San Martín. Páginas brillantes de esta obra son las dedicadas al genio múltiple de Bolívar y a las figuras preclaras de sus colaboradores peruanos Sánchez Carrión y el sabio Unanue.

Entre 1931 y 1935 realiza viajes que serán decisivos para su formación profesional, a Estados Unidos, Alemania y España, países en los que realizó estudios de investigación historia y bibliotecológica. Con Américo Castro aprendió el método historiográfico de búsqueda y clasificación de las fuentes y plan y composición de la obra de historia.

De regreso al Perú se reincorpora a su cátedra en San Marcos y en 1939 publica la primera edición, en un volumen, de la "Historia de la República del Perú" que abarca el período 1823 a 1899.

Al producirse el catastrófico incendio de la Biblioteca Nacional, Basadre fue nombrado Director de la misma y realizó una gigantesca tarea de reconstrucción, al mismo tiempo que fundó la Escuela de Bibliotecarios y revistas y colecciones de historia. Desempeñó el Ministerio de Educación durante los gobiernos de Prado y de Bustamante y Rivero y culminó la gran tarea del Inventario de la Realidad Educativa en el país. Como Director de Relaciones Culturales de la Unión Panamericana, amplió sus vincula-

ciones con la problemática americana y publicó, en 1948, el libro "Perú, Bolivia y Chile independientes".

Designado por la UNESCO para integrar la Comisión Internacional de Historiadores encargada de escribir la Historia de la Humanidad, Basadre acopió los elementos de la más moderna historiografía, particularmente los de la escuela francesa de Fevre y de Braudel con su nuevo enfoque sobre la "civilización material".

Radicado ya definitivamente en su país, prosiguió la permanente recreación y ampliación de la "Historia de la República" que llega a su sexta edición en 1968 como un trabajo monumental de dieciséis volúmenes. Conjuntamente publica su "Introducción a las fuentes documentales de la Historia del Perú", con 17,000 fichas por él elaboradas.

En forma simultánea al gran trabajo de la "Historia", Basadre difunde ensayos de interpretación de la problemática histórica nacional, como "Meditaciones sobre el destino histórico del Perú" y "La promesa de la vida peruana" en los que muestra el contraste, que debe ser superado dentro de un proyecto común, entre el país profundo y la sociedad inorgánica y el Estado ineficiente.

En los últimos años de su vida Basadre reflexionó sobre temas de teoría y filosofía de la historia, inclinándose, al mismo tiempo, sobre su propio pasado y la época que le correspondió vivir. Libros representativos de estas meditaciones son "El azar en la historia y sus límites", "La vida y la historia" y "Apertura".

La "Historia de la República del Perú" es una obra de treinta años de gestación que se alza indudablemente como una de las grandes creaciones de la cultura latinoamericana. Representa un fresco integral de la sociedad histórica peruana con todos los elementos, individuales y colectivos, políticos, sociales, económicos y culturales que le han dado vida. Se caracteriza por la objetividad del autor en el uso

de las fuentes y en la imparcialidad en sus juicios. Su libro, dice, "ni teme, ni adula". Basadre exalta los momentos más significativos de la vocación americanista del Perú. El ha contribuido, más que nadie, a la maduración de la conciencia nacional que busca su plenitud por encima de los intereses y las pasiones. Jorge Basadre merece por ello, en su patria y en América, el título de Maestro.

Falleció en Lima, el 29 de junio de 1980, ante una aurora democrática que él contempló con esperanza.

INCORPORACION DEL ACADEMICO DON ALBERTO TAURO DEL PINO

(Sesión pública del 28 de agosto de 1980)

CONCEPTO DEL PERU

Discurso de don Alberto Tauro

PERMITIDME confesar que hoy siento una íntima complacencia, por mi incorporación a la Academia Peruana de la Lengua: porque ella suscitó las preocupaciones y los trabajos de hombres como Ricardo Palma, José Antonio de Lavalle y Francisco García Calderón, Manuel de Mendiburu, Pedro Paz-Soldán y Unanue, Félix Cipriano Coronel-Zegarra, Luis Benjamín Cisneros, Eugenio Larrañure y Unanue y Javier Prado y Ugarteche, a quienes tanto debe la cultura peruana y que en la etapa inicial de la docta corporación supieron darle la severidad y la prestancia que siempre hemos apreciado en su trayectoria. Disculpádmeme, por otra parte, si no hago un elogio circunstanciado de sus actuales miembros, para no herir la reconocida modestia de unos, y evitar que la admiración o las afinidades personales puedan incitarme a mezclar el sentimiento con la objetividad de la crítica. Pero no puedo soslayar

una feliz circunstancia, que en este acto me inspira singular emoción: porque hoy preside la Academia el doctor José Jiménez Borja, de quien fuí alumno en las aulas escolares, y desde aquellos lejanos años suscitó mi interés por el buen decir; y porque mi recepción correrá a cargo del doctor Augusto Tamayo Vargas, con quien compartí inquietudes en esas mismas aulas, y a través de los dilatados años corridos desde entonces hemos seguido vocaciones y actividades paralelas. Esta es, por tanto, una incorporación que remueve mis memorias y afectos, y me hace apreciar la vida como una continuidad compromisoria.

*
* *

Tan intenso ha sido el interés consagrado a la relación de la gesta conquistadora, que difícilmente podrá agregársele un caudal informativo que haga variar la prestancia de sus figuras protagónicas o rectificar la significación de sus principales episodios. Y es lógico: pues son muy numerosos y circunstanciados los testimonios y los documentos surgidos al calor de aquella empresa, para dar noticia del deslumbramiento ocasionado por la naturaleza del Nuevo Mundo y la singularidad de la cultura andina, o para expresar las flaquezas y las inquietudes que alternaban con el aliento heroico de cada jornada. Quizá es posible apelar a fuentes hasta hoy negligidas o soterradas; o enfocar el interés hacia personajes y episodios determinados, o proyectar nuevas luces sobre la influencia de las pasiones y las relaciones individuales, coordinar referencias dispersas, y precisar algún dato cronológico. Pero la sucesión fáctica, esclarecida y en forma imponente, no sufrirá una modificación sustantiva. Y, sin embargo, allí se mueven perplejidades, lealtades y rebledías, antagonismos marciales y contradicciones cultu-

rales, que apenas descubren los vastos márgenes de un silencio forjado por la visión unilateral o los prejuicios desdeñosos. Desde ese momento crucial del pasado peruano emerge una incitación al análisis, a la búsqueda de una verdad integral que los hechos turbulentos enmarañan. Nada menos que un reto enderezado hacia la identificación de lo esencial en lo incidental, y de lo permanente en lo transitorio, como vía enderezada a una plena asunción del legado de la historia.

La conquista ha sido fundamentalmente descrita como una operación bélica, mediante la cual se impuso a los aborígenes el dominio de los soldados invasores, y se asentó la presencia de una cultura extraña sobre la cultura andina. O bien, se ha juzgado que la violenta campaña de los conquistadores determinó la interrupción del normal desenvolvimiento de la cultura andina, y que ésta subsistió a la sombra de una aparente aceptación de los patrones dominantes, pero sin evolucionar, como un fósil. Por nuestra parte, entendemos que ambas concepciones adolecen de un defecto fundamental: porque han sido suscitadas por el propósito de explicar la notoria dicotomía social y cultural del Perú contemporáneo; y, en lugar de proceder al examen directo de los factores contrapuestos en el momento de la conquista, han buscado los antecedentes fácticos del presente.

El método histórico requiere una estrategia diferente: porque afronta el estudio de la coyuntura sometida a escrutinio; y, apoyándose en la caracterización de los valores y las oposiciones en juego, logra una aproximación más amplia y eficaz, más penetrante y fecunda. Vista así, la conquista se nos revela como la invasión de una sociedad desarrollada en el ámbito de una sociedad tradicional; y basta definir la naturaleza de tal pugna para comprender la profundidad de la crisis cultural que produjo en el Imperio Incaico. Pues la sociedad tradicional emerge para redimir de la behe-

tría a los pueblos circundantes, para organizar un espacio propio en la desafiante exuberancia de la naturaleza, y constituirlo en el centro de un mundo autónomo; y, si bien proclamaba la ambición de universalizar sus ideales religiosos, la sociedad desarrollada del siglo XVI aspiraba a realizar su expansión imperial, para satisfacer los hábitos guerreros de señores venidos a menos y la pujanza de una burguesía emprendedora. Con la crueldad y la muerte sufridas en el enfrentamiento, la sociedad tradicional asistió a la quiebra de las concepciones que le permitieron dar cohesión a su espacio vital; y ya no fue posible creer en su seno que la cuna del poder incaico fuera el "ombigo del mundo"; y sólo a manera de conseja historial pudo repetirse que sus soberanos habían sido los enviados providenciales a quienes su padre, el sol, asignó la tarea de iniciar a los pueblos en los beneficios de la civilización.

Otras sociedades tradicionales recibieron embates semejantes, y acertaron a defender con mayor energía su acervo espiritual. Por ejemplo: la hebrea, cuyo centro originario fue atribuído a la humanidad entera al ser identificado como el paraíso terrenal descrito por la Biblia, y cuyas concepciones cosmológicas inspiraron la religión cristiana, que inicialmente alentó las esperanzas de los oprimidos y a la postre se insertó vigorosamente en la cultura occidental. Experiencias semejantes proveen los remotos progenitores de los arios y los chinos. Pero la respuesta que el pueblo incaico opuso a la conquista adoleció de una peculiar debilidad, porque su cultura ágrafa no alcanzó a cristalizar una peculiar filosofía sistemática, ni a fijar sus formas de vida en un cuerpo de leyes. Creó una eficiente organización política y administrativa, esquemas normativos muy severos, y el haz de conocimientos empíricos requeridos por el aprovechamiento de los recursos geográficos; pero su aplicación dinámica se basaba en la autoridad y la tradición; y así como su

conjunto quedó desarticulado cuando el estado imperial fue destruído, es notorio que sus secretos fueron enmascarados y oscurecidos cuando los extirpadores de idolatrías descargaron su ira sobre los ingenuos practicantes de la magia ancestral. Vencidos por la violencia de la hueste conquistadora, humillados por el dominio señorial que desconoció su libertad nativa, atemorizados por los ensalmos de los evangelizadores que en las antiguas creencias veían una influencia demoníaca, y sumidos en la orfandad desde que perdieron a sus legítimos soberanos, los indios no fueron asimilados. Adoptaron una defensa pasiva, que en verdad era la única posible en esa encrucijada histórica. Reconcentrados en sí mismos, acertaron a preservar su autenticidad, aun a costa de su aparente inanidad. Y desde entonces coexistieron en el país dos actitudes disímiles, y aun contrapuestas; dos concepciones de la vida y del mundo.

Para la cultura dominante, el Perú trocóse en una posesión marginal de la monarquía española; en una pródiga tierra sobre la cual pretendieron sus hombres tener un derecho pleno, fundado en la misión evangelizadora que les había conferido el mandato papal, justificado por la presunta superioridad de sus horizontes intelectuales, y consolidado por los efectos avasalladores de la conquista. En cambio, los herederos de la cultura dominada no alcanzaron a entender las nociones que se les inculcaba, en lo atañadero a la justicia y la grandeza de los lejanos reyes a quienes debían acatar, porque sufrían la usurpación y la codicia de sus representantes; y tampoco llegaron a ser cautivados por la dulzura del mensaje cristiano, porque se les negó el acceso a la perfección de la vida religiosa y fueron a veces sorprendidos por las exacciones, la soberbia y la sensualidad de algunos doctrineros. Y así pasaron los siglos. En el Perú implantaron los peninsulares el hogar cálido y confortable que el afecto destinaba al bienestar de la familia; las insti-

tuciones que la civilización concebía para estimular el progreso y la sociabilidad; la atmósfera propicia para los airosos escarceos de la erudición y la elocuencia. Pero aquí languidieron también los supérstites del antiguo imperio, a quienes capciosamente se discutió aún su condición humana. Y mientras aquellos admiraban los aspectos exóticos y misteriosos, eglógicos y multicolores del contorno, o llegaban a considerar como hierático el mutismo resignado de los indígenas, añoraban el paternalismo de los incas e íntimamente anhelaban su comunión con la tierra. Por eso no se definió en aquellos años un cabal concepto del Perú, ni se perfiló con claridad una imagen de su figura histórica. No eran concebibles dentro de un marco parcial o unilateral, ni como proyección ecoica de lejanas realidades, ni bajo la inspiración de una añoranza idealizada.

El concepto del Perú debe emerger de la identificación total con la tradición y el destino del país y sus gentes. Debe nutrirse de las observaciones y las expectativas, las ideas y los designios que día a día coadyuvan a reconocer y mejorar la morada común. Debe consultar los avisos de una vigilante preocupación ante las influencias que puedan obstruir o deformar el desenvolvimiento colectivo. Y conjugar la asunción del legado histórico, la experiencia vital, la decantación del conocimiento y las demandas generales, así como las energías del afecto y la pugnacidad. Su formación coincide con el desarrollo de la conciencia nacional; y su correcta formulación sólo puede sustentarse en una visión desde adentro. Por eso, al exponer la primera "idea general del Perú", los hombres reunidos en la Sociedad Académica de Amantes del País tacharon como "paralogismos" las nociones que los autores extranjeros habían difundido hasta entonces sobre el antiguo Imperio de los Incas y el sucedáneo Virreinato hispánico: porque "el espíritu de sistema . . . la ignorancia a veces, y el capricho, han influído tanto . . . que el Perú que

ellas nos trazan parece un país enteramente distinto del que nos muestra el conocimiento práctico". Y esto era así, porque arbitrariamente atendían esos autores a fábulas incomprendidas o leyendas mal interpretadas, al deslumbramiento de los conquistadores ante el oro y la pétrea majestad de la civilización incaica, y a las descripciones de una naturaleza tan desconocida como ubérrima. Sus versiones estaban dirigidas hacia un público susceptible de ser ocasionalmente atraído por alguna ficción social tan amable como la del buen salvaje, o por cuadros pintorescos en los cuales se asociasen el idilio convencional y el paisaje exótico. Pero al denunciarlas como falsas o distorsionadas sólo ofrecióse entonces una rápida descripción geográfica, como simple "insinuación prologética" de cuanto sería tratado en las sucesivas páginas del *Mercurio Peruano* para comunicar la propuesta "idea" del país.

Su formulación coincidió con la crisis general de la dominación hispánica, seriamente alentada por la ceguera de las autoridades, que pretendieron subsanar las quiebras estructurales mediante una engañosa reforma administrativa; y fue la prudente expresión de la inteligencia, que aceptó la necesidad de una diferenciación total y emprendió el arduo camino hacia la independencia. Pero no debe juzgarse que el concepto del Perú está subordinado exclusivamente a tal proceso de formación de la conciencia: porque sus líneas magistrales constituyen un legado de muchas generaciones, que han afianzado su dominio sobre la tierra y han deseado convertirla en centro e instrumento de la felicidad posible. Por eso estimamos que no se lo podrá limitar a una noción geográfica, de la cual se infiera que la personalidad del país se halla abruptamente condicionada por su ubicación en el mundo; ni se podrá pretender que es una entidad exclusivamente ligada al reconocimiento internacional y al imbricado juego de los tratados. Es mucho más, porque abarca las cir-

custancias objetivas del ambiente y el hombre, los valores subjetivos de la tradición y la cultura, la relación entre las gentes y sus gobernantes, la correspondencia entre la ley y la existencia cotidiana. Y como estos aspectos de la vida colectiva suelen modificarse desigualmente, reflejan, a un mismo tiempo, la compleja unidad de una época o sus afinidades y sus aspiraciones. Unas veces, insinuando las pautas de trabajo aplicables a la realización de los fines comunes; y otras, dejando aflorar quejas y aun protestas, ante las frustraciones y las violencias, los privilegios y la tiranía, que esporádicamente suelen amenazar la convivencia civil; o formulando los principios que la razón traza para asegurar el bienestar general; o anunciando los procedimientos destinados a preparar el futuro.

Con tal criterio, podemos reconstruir el conocimiento que los incas tuvieron acerca del imperio y las implicancias de su conducción. Nos basta apelar a su metódica fijación de los datos empíricos pertinentes al territorio, así como a la elaboración de su equilibrada filosofía del gobierno. Lo primero, en cuanto se esforzaron por hacer del Cuzco una especie de maqueta o mapa vivo del imperio, donde las casas de los vasallos procedentes de las diversas provincias eran ubicadas "conforme a los lugares de donde venían", de modo que al mirarlas "se veía y comprendía todo el Imperio junto, como en el espejo o en una pintura de cosmografía"; y, por añadidura, todos "guardaban las costumbres de sus padres, andaban al uso de sus tierras, y, aunque hubiese juntos cien mil hombres, fácilmente se conocían por las señales que en las cabezas se ponían". Pero se entenderá mejor la trascendencia de tal objetivación, si se recuerda que a ella correspondía un afán enderezado a cuantificar las observaciones de la realidad, y a confiar en el trabajo antes que en la influencia de las fuerzas cósmicas, pues, según reza la sabia máxima atribuida a Pachacútec: "El que procura contar las

estrellas no sabiendo aún contar los tantos y ñudos de las cuentas, digno es de risa". Y por todo ello se infiere que los incas cifraron sus afanes en el conocimiento del territorio entero, por ser el ámbito de las relaciones entre las gentes; y que sobre su base fundaron organismos y procedimientos de gobierno, intrínsecamente ajustados a una teoría funcional, con mecanismos muy simples y de fácil recordación.

Sus elementales jerarquías obligan a recordar aquellas a las cuales fió Confucio la estabilidad del orden social. Y aun diríase que el moralista oriental hablaba en aquella reflexión del inca organizador: "El indio que no sabe gobernar su casa y familia, menos sabrá gobernar la república". De donde se deduce que el ejercicio de las funciones del gobierno comunitario sólo debía ser confiado a quien hubiera demostrado eficiencia como jefe del grupo doméstico; y que un criterio semejante era aplicado en las promociones al gobierno local o de la provincia, a juzgar por una sentencia del propio Pachacútec. Recomendaba, precisamente: "Los gobernadores deben advertir y mirar dos cosas con mucha atención: la primera, que ellos y sus súbditos guarden y cumplan perfectamente las leyes de sus reyes; la segunda, que se aconsejen con mucha vigilancia y cuidado para las comodidades comunes y particulares de su provincia". Y, culminando la serie de las relaciones jerárquicas, decía: "Cuando los súbditos obedecen lo que pueden, sin contradicción alguna, deben los reyes y gobernadores usar con ellos de liberalidad y clemencia; mas de otra manera, de rigor y justicia, pero siempre con prudencia". Bien puede inferirse que las gentes estaban indefectiblemente situadas en una posición que les permitía identificar su deber; que la responsabilidad permanentemente exigible a la autoridad hacía de ésta una función de servicio antes que un privilegio; y que si los pueblos eran pasibles de sufrir severas sanciones en casos de re-

beldía o desacato, también ocurría que los gobernantes eran removidos con deshonor cuando incurrían en cobardía o faltas de previsión y de celo. Pero además puede advertirse que en el cuadro así trazado no se halla una tajante disociación entre gobernante y gobernados, pues aparecen respectivamente animados por los estímulos de la liberalidad y la lealtad, en aras de las "comodidades comunes y particulares". Por tanto, no creemos incurrir en una ligereza al afirmar que los incas lograron afianzar un claro concepto del imperio, y lo ilustraron con una teoría tutelar acerca de las relaciones solidarias que debían unir a las gentes.

Una profunda ruptura afectó aquella realidad cuando la hueste conquistadora esparció los estruendos del hierro y la pólvora, e impuso una nueva ley con el alegado propósito de cumplir una cruzada. Durante largos siglos quedó interrumpido el cabal conocimiento del país porque sus grandezas y sus pródigos recursos fueron despectivamente motejados como "cosas de indios". Pero hombres acuciosos y veraces, como los cronistas Pedro Cieza de León, Reginaldo de Lizárraga y Antonio Vásquez de Espinoza, reunieron muy apreciables noticias sobre los pueblos y su peripecia vital; o como los jesuítas José de Acosta y Bernabé Cobo, escrutaron sabiamente en sus afinidades culturales y las peculiaridades de la naturaleza; y, en verdad, aportaron informaciones cuya oportuna difusión hubiera ayudado a integrar una adecuada imagen del país. Celosos doctrineros, como Luis Jerónimo de Oré, Juan Pérez Bocanegra y Francisco de Avila, se aproximaron a las incógnitas creencias de los indígenas, para iluminar la senda de su cristianización. Los juristas Juan de Ovando, Juan de Matienzo, Juan de Solórzano Pereira y Antonio de León Pinelo aspiraron a organizar una legislación, que definiera la compleja estructura del estado naciente y canalizara los antagonismos y las pasiones. Y a pesar de las limitaciones confesionales y políticas, la im-

prenta y la universidad cumplieron una fecunda siembra, entre las turbulencias y los apetitos de una población aluviónica, atraída por la codicia y el afán de merecer, o guiada por la curiosidad y no por el amor.

Aun sobre el espíritu de los cruzados prevaleció la sed de oro, durante la campaña conquistadora y la colonización. Al lado de las alabanzas consagradas a la gesta hazañosa, los datos más frecuentes se refirieron entonces a los tesoros secuestrados y a la pródiga abundancia de las vetas y las tierras auríferas. Y tal fue el deslumbramiento, ante los edificios y los templos enteramente recubiertos con láminas de oro y plata; ante las áureas estatuas de incas y coyas, dignatarios y pastores, animales y plantas hábilmente imitados en su tamaño natural; ante los vasos y cántaros, las tinajas y otras piezas de uso utilitario; y ante el abandono en que fueron hallados ciertos depósitos de barras, tejuelos y trozos o polvo del precioso metal; que pronto fue magnificada la fama de aquella y en las vastas extensiones del país sólo vióse oro. “Adelante de esta ciudad [del Cuzco] hay otra llamada Collao donde hay un río que tiene mucha cantidad de oro . . . En otra provincia que se dice Huánuco hay otro río tan rico como éste. En todas estas provincias hay muy ricas minas de oro y plata”. Y muy pronto llegóse así a ignorar la verdadera estampa del país.

Al mismo tiempo quebróse la sociedad tradicional: y, en lugar de la previsión y la vigilancia paternal, que los incas extendieron sobre los pueblos, implantóse un régimen basado en la humillación, la discriminación y la expoliación. Fue sólo al día siguiente de la hecatombe de Cajamarca, cuando “los indios que la noche antes habían recogido mandó el Gobernador poner [los] en la plaza para que los cristianos tomasen los que hubiesen menester para su servicio”. Y con el nacimiento de una sociedad estatal empezaron a producirse las transformaciones del

conquistador, conforme acertó a traslucirlo el cronista indio Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui, en cuanto apuntó: "Fray Vicente de Valverde . . . no estaba desocupado como los sacerdotes de ahora, ni los españoles por aquel año [de la ocupación del Cuzco] se aplicaban a la sujeción del interés, como ahora". Devenidos en beneficiarios de los repartimientos de indios, los aguerridos soldados de la conquista empezaron a disfrutar privilegios señoriales y doblegaron su bravura en la ociosidad. Olvidaron las virtudes que les habían permitido ganar la tierra, y se emboscaron calladamente entre las oníricas ensoñaciones de la mística. Doblemente condicionados por la estrechez de su situación social y la atención nostálgica a los dictados de la metrópoli, es sabido que no tuvieron sensibilidad para preocuparse por dominar un concepto del Perú.

A despecho del dominio ejercido por aquellos grupos alienantes, gestóse una doble corriente de adhesión al país: de los pueblos indígenas, que mantuvieron e idealizaron sus recuerdos del antiguo imperio; y de una burguesía criolla, tan activa como inteligente, que en el curso de los años afinó su conciencia de sí y su aspiración a representar los intereses generales. Ciertamente es que ambas corrientes obedecieron a motivaciones e intensidad diferentes; pero es notorio que tendieron a confluir en la oposición al régimen colonial, pues la primera imaginó la posibilidad de una restauración, y la segunda fue precipitada hacia la secesión.

La sorda resistencia de los indios manifestóse con extraordinaria prestancia gracias a la pluma del Inca Garcilaso de la Vega, el primer mestizo de fama universal. A boca llena declaró ser "indio Inca", y sentirse "forzado del amor natural de la Patria". E identificándose en tales términos con el Perú y sus gentes, expuso el mensaje de sus ancestros maternos y formuló una acre censura de la dominación hispánica. Dijo que los "incas siempre tuvieron por mejor ir ganando

[a los pueblos] poco a poco y poniéndolos en orden y razón para que los vasallos gustasen de la suavidad del gobierno y convidasen a los comarcanos a someterse . . . que no abrazar de una vez muchas tierras, que fuera causar escándalo y mostrarse tiranos, ambiciosos y codiciosos"; y agregó que los Incas "nunca permitieron saquear a los pueblos que ganaban, aunque los ganasen por fuerza de armas". Pero la memoria de tal benignidad tiene una inspiración críptica, y sólo será cabalmente entendida si se la contrasta con la implacable dureza que en los *Comentarios Reales* se atribuye a la empresa indiana. Por ella afirma que la antigua república de los indios fue "antes destruída que conocida", que los descendientes de los incas evocaban en sus reuniones "las grandezas y prosperidades pasadas", e irremisiblemente "venían a las cosas presentes, lloraban sus reyes muertos, enajenado su imperio y acabada la república"; y que un tío materno lamentaba el hecho de que los españoles hubiesen *quitado* a su familia el "grande, rico y famoso imperio". En cierto modo, el cronista insinuó así la precariedad del dominio impuesto a raíz de la conquista, pues la doctrina política no admitía la legitimidad del señorío basado en un despojo. Y aún fue más definitivo, cuando refirió la presentación del virrey Francisco de Toledo ante Felipe II: pues, sin aludir siquiera a los esfuerzos que durante doce años desplegara en la organización del virreinato, presume que el adusto monarca le reprochó la ejecución del pusilánime Túpac Amaru, y lo despidió con aspereza porque "no lo había enviado al Perú para que matase Reyes, sino [para] servir a Reyes". De modo preciso y rotundo, aquellas sentenciosas palabras insistieron en el tema de la ilegitimidad del dominio hispánico; y muy hábilmente las puso Garcilaso de la Vega en labios de Felipe II, para burlar así la suspicacia de la censura y aun reforzar la atrevida calificación

on el prestigio y la autoridad moral del propio Rey de España y las Indias.

Además de aquella emocionada defensa de los antiguos soberanos, el cronista mestizo aportó una amplia evaluación de los hechos culturales y políticos que singularizaron la imagen histórica de su reinado. Dió una orientación nueva a la reconstrucción del pasado; y, lejos de atender sólo a la relación de los hechos externos, procuró integrar un cuadro de la dinámica social y de la vida cotidiana en la época de los incas. Pero su visión no pudo soslayar la influencia de su propio tiempo; y cabe examinarla, para determinar hasta qué punto se reflejan en ella las inquietudes y las afinidades de un hombre moderno, contaminado por los ideales humanistas y las ficciones utópicas. Que no se limitó a ordenar la serie de los acontecimientos referidos por sus antepasados y sus coetáneos; y, de modo ejemplar, aplicóse a reflexionar sobre las causas y la trascendencia de cada uno, para rastrear su significación intrínseca e iniciar su ubicación en los fastos del mundo. Que así efectuó una imponderable contribución al reconocimiento universal de la identidad del Perú, y un positivo enriquecimiento de la cultura peruana con las luces de la mejor cultura renacentista.

A través de la explicación ofrecida por el Inca Garcilaso de la Vega, los métodos de conquista desplegados por Manco Cápac y sus sucesores parecen desprendidos del arsenal aristotélico: "A todos los hombres y mujeres que hallaban por aquellos breñales les hablaban y decían cómo su padre el Sol les había enviado del cielo para que fuesen maestros y bienhechores de los moradores de toda aquella tierra, sacándolos de la vida ferina que tenían y mostrándoles a vivir como hombres, y que en cumplimiento de lo que el Sol, su padre les había mandado, iban a los convocar y sacar de aquellos montes y malezas y reducirlos a morar en pueblos poblados y a darles para comer manjares de hombres y no de bestias". O bien:

“con palabras suaves le dijo [el Inca] que no había ido a quitarles sus vidas ni haciendas, sino a hacerles bien y a enseñarles que viviesen en razón y ley natural, y que . . . de nuevo les hacía merced de sus tierras y vasallos, sin otra pretensión más que hacerles bien, lo cual verían por larga experiencia ellos y sus hijos y descendientes, porque así lo había mandado el Sol”. Pues, si los incas aparecen dotados como seres de inteligencia superior, que en medio de los campos y los montes convocan a las gentes para ofrecerles los beneficios de una organización racional y ampararlos en sus necesidades, es porque el cronista cuzqueño se ajustó a la explicación que sobre el origen del estado expuso el estagirita; y si alega que los indios afirmaban que “ningún inca de la sangre real” cometió jamás un delito, es para atribuir a sus ancestros las virtudes que en el Liceo ateniense se reclamaba a los gobernantes, y para contrastar este ideal con las flaquezas de la aristocracia española. El esquema entraña la interpretación de una oscura génesis histórica; el fruto de una profunda preocupación por la realidad y el destino del Perú; el esfuerzo por trazar una crítica en la cual se sugiriese el proyecto concebido por la razón para el país de sus mayores.

También sigue el Inca las afinidades de su tiempo, en cuanto apela a las comparaciones con figuras y categorías de la historia antigua, para hacer comprensible la significación de episodios o personajes del mundo andino, y para destacar su prestancia. Traşluzce su orgullo cuando alude a “las gloriosas empresas de los Incas, que pudieran competir con los Daríos de Persia, Ptolomeos de Egipto, Alejandros de Grecia y Scipiones de Roma”; y cuando halla a “las armas peruanas más dignas de loar que las griegas y troyanas”. Pero tal forma de expresión adquiere su mayor énfasis y revela mejor los inconfesados sentimientos del cronista, en el elogio de su ciudad nativa: “porque el Cuzco en su impe-

rio fue otra Roma en el suyo". Es decir, fue cuna y cabeza de una monarquía universal; y, tal como lo quiso el poeta florentino en su tratado sobre la materia, no lo fue sólo en virtud de una precaria fuerza de las armas, sino por la voluntaria y regocijada aceptación de los pueblos, que agradecieron la ordenación sustentada en la inteligente obra de justicia y paz, civilización y felicidad que los incas extendieron a través del mundo andino.

Pero no debe olvidarse que en su visión del pasado se trasluce la ansiedad existencial del mestizo cuzqueño; y en cuanto apunta alguna sentencia moral o una efusión literaria, se halla implícita su reflexión en torno a la coyuntura coetánea y la preocupación ligada al futuro. En verdad, tanto la reivindicación de la soberanía de los incas, como el encarecimiento de la benignidad y la equidad atribuidas a su gobierno, denotan confianza en la posibilidad de superar las injusticias desencadenadas por la conquista; y, contenida en los límites que le aconsejaba la prudencia, asoma también su voluntad de contribuir a esa tarea histórica. No se requiere mucha sutileza para reconocerlo así, en cuanto rinde un tributo de admiración a las aptitudes intelectuales de los indios, mestizos y criollos peruanos; y, en términos hábilmente escogidos, esboza una proposición política enderezada a redimirlos de la humillación. Pues, siendo el Perú una "tierra tan fértil, de ricos minerales y metales preciosos, era razón criase venas de sangre generosa y minas de entendimientos despiertos para todas artes y facultades, para las cuales no falta habilidad a los indios naturales y sobra capacidad a los mestizos, hijos de indias y españoles o de españolas e indios, y a los criollos, oriundos de acá, nacidos y connaturalizados en ella; a los cuales todos, como a hermanos y amigos, parientes y señores míos, ruego y suplico se animen y adelanten en el ejercicio de virtud, estudio y milicia, volviendo por sí y por su buen nombre, con que lo

harán famoso en el suelo y eterno en el cielo". Sus palabras son afectuosas hasta la ternura, y fácilmente se advierte que han sido meditadas con todo detenimiento, para darles el alcance deseado. Se dirigen a las capas desfavorecidas de la sociedad colonial, para que "se animen y adelanten en el ejercicio de virtud, estudio y milicia", a fin de sobrellevar y superar su forzada inferioridad; y para que en su oportunidad puedan volver "por sí y por su buen nombre", o, lo que es lo mismo, para que se defiendan y pugnen por imponer sus derechos.

También se dirigió el Inca a la sacra católica majestad del Rey de España y las Indias, halagado entonces por los giros de la fortuna. Y al dedicarle sus primicias intelectuales, en términos de rendida cortesanía, supo insinuarle el plan que requería la conservación de América: pues en las disertaciones neoplatónicas veía el soberano "qué sea el amor, cuán universal su imperio, cuán alta su genealogía"; y a continuación le pidió que aceptase su humilde ofrenda, "imitando al omnipotente Dios que tanto procuráis imitar"; pero es indudable que en la asociación de ambas frases tendió a mostrar el Inca la excelencia de una política guiada por la ley universal del amor. Indirecta y cautelosamente, presentó así un plan aconsejado por la razón y el más generoso sentimiento, con desmedro de la violencia y la codicia enceguedora; y que, reconociendo la precariedad del temor y la opresión, tendía a unir mediante la equidad y la tolerancia.

Por otra parte, el Inca hubo de esbozar también un acerbo juicio acerca de los grupos dominantes. Y aunque tal vez pudo motivarlo el resentimiento labrado por la desestimación de las pretensiones que planteara ante el Consejo de Indias, fundándose en los servicios de su padre, creemos que apenas se limitó a expresar el descontento trasmitido por los soldados de la conquista. Porque éstos habían rendido

su esfuerzo y su sangre, para dar triunfos a la fe y glorias a la monarquía; y, bajo el pretexto de haber participado en las turbulencias y las guerras civiles, habían sido confundidos u oscurecidos los méritos de los combatientes, para amparar en cambio las aspiraciones de obsecuentes cortesanos. Apenas transcurridas unas décadas, parecía olvidado el heroísmo de quienes habían sometido el Imperio Incaico, y bastaban las influencias palaciegas para obtener los favores del poder. Como lo dió a saber el cronista mestizo, en los términos prudentes e indirectos a los cuales solía apelar: "Los apellidos ilustres y heroicos son apetecidos de todas las gentes, por bárbaras y bajas que sean, y así, no habiendo quien lo estorbe, luego usurpan los mejores apellidos, como ha acaecido en mi tierra". Desde otras perspectivas, pero coincidiendo plenamente con el sentimiento y el juicio de Garcilaso de la Vega, la incógnita Amarilis se quejó por el olvido y la usurpación de las hazañas pasadas: pues sus dos abuelos se hallaron entre los conquistadores del Nuevo Mundo, fundaron ciudades, sofocaron rebeldías y recibieron encomiendas, pero "la desgracia de esta tierra que corre en este tiempo", tenía enterrados sus "ilustres méritos". Había amainado la tensión de la gesta, y sólo en el secreto del reposo hogareño prevalecía el mortecino recuerdo de sus alegadas grandezas. Pero tal transición era también ostensible en la península, donde ya no impresionaban los prestigios ganados en la reconquista y la cruzada contra los turcos, ni en el descubrimiento y la colonización de América; y, en cambio, bastaba lucir oro y poder político para ganar respetos. Hasta tal punto que el conceptista Francisco de Quevedo dirigió la puntería de su frase buída hacia aquella descolorida realidad: "Las descendencias gastan muchos godos. Todos blasonan, nadie los imita, y no son sucesores, sino apodos".

Habían quedado relegadas al libro del tiempo las tareas

impetuosas de los héroes. En vez de seguir el ejemplo de sus hazañas, sus descendientes evocaban o alegaban su recuerdo, para fundamentar cualquier pretensión; y, en rigor, usurpaban los méritos y aun los nombres de sus antepasados. De modo que, agotados los alardes de energía e ímpetu creador, que en su oportunidad exigió la expansión civilizadora, sólo se pensó en la ostentación del poder, en la pompa, en las mil y una formas de disfrutar las ventajas adquiridas. La soberbia confundió aquella engañosa coyuntura con la plenitud; y muchos hombres de valor, como el fecundo Pedro de Peralta y Barnuevo, se doblegaron ante la vanagloria y la fatua hinchazón de los privilegiados, para asegurar una opaca mediocridad o merecer un dadivoso mecenazgo. Aun pasados los años, entristece escuchar la engolada voz del erudito limeño, cuando dió cuenta de los trabajos cumplidos en el rectorado de la Universidad Mayor de San Marcos, y con cierta timidez confesó que había sido constantemente "tribulado, oprimido y arrastrado, sin más demérito que la inocencia, el celo, la cortesanía, el rendimiento". Y cuando tributó al soberano un rebuscado y obsecuente elogio: "es el Príncipe una deidad ante la cual no tiene la lengua otra misión que el himno o el ruego". Con el ejercicio ilimitado de la autoridad, y la subestimación del derecho de gentes, se había impuesto una notoria falta de respeto por la dignidad y la inteligencia del hombre. Pero el brillo de la majestad real no correspondía ya a los esplendores del mediodía; y tanto en España como en las Indias crecía la preocupación originada por la disminución de los indios y la sensible disminución que por ello sufrían los ingresos reales; crecían los signos de una crisis social que se reflejaba en la corrupción administrativa y otros síntomas de descomposición. Cuantos auscultaron entonces los resquebrajamientos de la monarquía vivieron muy pronto entre el egoísmo y el miedo, o alentaron la benevolencia y la esperanza.

Pese a las barreras puestas a la circulación de las ideas, empezaba a filtrarse una brisa renovadora. Y así como las discriminaciones eran estremecidas por los avances del derecho natural, ya se pensaba que la panacea indicada para remediar los desequilibrios estructurales se hallaba en el plan de la razón. Pero algo nuevo se gesta en aquellos años de sorda efervescencia, porque las expectativas de los diversos núcleos sociales rebasan la comprensión de las tensiones imperantes; y ya no se limitan a restañar las heridas ocasionadas por la injusticia y la opresión, ni a reclamar una precaria convivencia. Cada grupo examina la complejidad de su propia situación, con una viveza que denota la inestabilidad del equilibrio mantenido hasta entonces. Y lo extraordinario es que los dignatarios coloniales percibían la peligrosidad del tremedal que pisaban, pero empecinadamente obstruían el otorgamiento de una concesión o la adopción de un mínimo cambio, para no confesar su creciente debilidad y no exponerse a posteriores requerimientos. De modo que en función de aquellos diversos puntos de vista no era posible formarse un armonioso concepto del Perú; y, en verdad, las opciones planteadas lo convertían en un modelo para armar.

Por una parte, los indígenas discutían subrepticamente dos soluciones: una, que podríamos llamar "integracionista"; y otra, enderezada a lograr una restauración de la antigua monarquía. La primera no ha sido nítidamente destacada, porque la obcecación y la incapacidad de los funcionarios virreinales presentaron como rebelión aún la más humilde solicitud interpuesta por los indios, para que se les ofreciera un trato humano. Fue expuesta, dolidamente, por el dulce y seráfico fray Calixto Túpac Inca, en el jermiaco memorial que muy crédulamente puso en las propias manos de Fernando VI, para hacerle conocer los agravios que sufría el oprimido pueblo indio. Y rendidamente se limitó a pedirle —como rey, padre y señor— que cesasen la segrega-

ción y la continua persecución que mantenían los españoles contra los indios; y que se procediese a renovar y aplicar honestamente las leyes y ordenanzas dadas en su favor, para permitirles descollar "en el teatro público y político, como hombres racionales, hijos de Dios y de la Santa Iglesia Católica Romana, vasallos del muy cristiano, muy católico, muy poderoso e invicto monarca español". Pero los cortesanos ocultaron el precioso documento; o quizá interpretaron torcidamente sus asertos y su intención; fracasó su ingenua perspectiva, inspirada por la buena fe y el anhelo de llegar a una verdadera paz social; y, de modo absoluto, abrióse camino la tendencia restauradora.

La acaudilló José Gabriel Túpac Amaru; pero no se propuso restablecer el Tahuantinsuyo, porque los cambios demográficos operados desde la conquista eran objetivamente irreversibles; y, en rigor, se anticipó al programa autonomista que habrían de propiciar los criollos más lúcidos. Su aliento restaurador se limitó a la reivindicación de su derecho al gobierno del Perú, en armonía con el legitimismo que a la sazón amparaba a las monarquías europeas, y al cual aspiraba por ser descendiente del infortunado inca Túpac Amaru, ejecutado por disposición del virrey Francisco de Toledo. En los hechos, buscó también la integración, pero aplicándole una estrategia distinta a la que planteara el laericimo fray Calixto Túpac Inca: porque debió efectuarse en torno a los indios, liberados de los inicuos yugos que pesaban sobre ellos y oportunamente elevados a la dignidad de hombres; y porque estuvo animada por un ideal de justicia, en virtud del cual asumió una equitativa defensa de todas las castas que en la sociedad colonial sufrían alguna discriminación. En tal virtud, prometió a los criollos la más amplia seguridad de sus vidas y haciendas, si aceptaban vivir "como hermanos y congregados en un mismo cuerpo"; atrajo a los mestizos, a quienes se había pretendido empa-

dronar para someterlos a capitación, e indemnizar así a la corona por la notoria merma del tributo de indios; y liberó a los negros “de la servidumbre y esclavitud en que estaban”. Reaccionó contra los corregidores y las malas autoridades, contra las instituciones implantadas para oprimir y explotar a los indios, y, en general, contra “las hostilidades y vejámenes que se experimenta [por obra] de toda gente europea”. Pero la rebelión quebró muy pronto los cauces trazados por la previsión, y vióse los efectos del prolongado dominio hispánico en dos reacciones lamentables: la violencia irreflexivamente enderezada contra los españoles y sus descendientes, y la vileza de la traición movida por el temor o el soborno.

A través de la palmaria insuficiencia de los epígonos del incaísmo, la frustración de la gesta legitimista franqueó la alternativa histórica de los criollos. Es cierto que muchos habían logrado posiciones decorosas en el gobierno colonial y, ya fuera en calidad de consejeros o de magistrados, habían llegado a ejercer una apreciable influencia en las decisiones virreinales; pero ello fue a costa de renunciamientos y genuflexiones, que en términos muy expresivos dejó traslucir el versátil Pedro de Peralta y Barnuevo; y, en verdad, formaban un estamento marginado, cuya presencia constituía un insoslayable elemento de presión, desde el comercio, las profesiones liberales o la iglesia. Siempre mantuvieron una aguda rivalidad con los peninsulares, pero sólo empezaron a tomar conciencia de sí durante la crisis estructural que sacudió los dominios hispánicos en la segunda mitad del siglo XVIII. Y sobre la intensidad conflictiva de la situación correspondiente informaron, con harta claridad, Jorge Juan y Antonio de Ulloa: “Basta ser europeo o chapetón . . . para declararse inmediatamente contrario a los criollos; y es suficiente el haber nacido en las Indias para aborrecer a los europeos. Esta mala voluntad se levanta a grado tan alto,

que en algunos respectos excede a la rabia desenfrenada con que se vituperan y ultrajan dos naciones en guerra abierta; porque si en éstas suele haber algún término, entre los españoles del Perú nunca se encuentra; y en vez de disiparse con la mayor comunicación, con el enlace del parentesco o con otros motivos propios para conciliar la unión y la amistad, sucede todo lo contrario, pues cada vez crece más la discordia, y a proporción del mayor trato cobra mayores alientos la llama de la disensión, y . . . toma cuerpo el fuego y se vuelve inextinguible el incendio". Tal testimonio se reduce a dejar escueta y anecdótica descripción de una realidad; pero muy distinta hubo de ser la entonación que los criollos adoptaron cuando aludieron a ella, porque la preeminencia de los europeos hería su sensibilidad y afectaba profundamente hasta el respeto que debían a sus padres. Y si estos engendraban hijos cuya condición civil estaba marcada por una artificiosa inferioridad, los vástagos alentaban un permanente resentimiento contra sus progenitores, contra la metrópoli y contra la monarquía, como eslabones de una misma cadena.

Desde su bullente posición, los criollos fueron madurando un nuevo concepto del Perú. Advirtieron que los funcionarios enviados desde España gobernaban el país sin conocerlo y sin amarlo, y demostraban ser tan venales como ineptos; y a su vez reclamaron una participación predominante en los empleos del estado, para cohonestar los efectos de tales vicios. Propusieron el reconocimiento de la igualdad entre españoles europeos y americanos, para superar la discordia civil que ensombrecía la vida del país; y discutieron algunas reformas que debían aliviar o remediar la crisis de la organización colonial. Pero la indiferencia oficial dió mayor nitidez y profundidad a sus expectativas; y desde una simple adecuación de los cuadros administrativos a esas demandas, pasaron a requerir una modificación total de las re-

laciones entre España y sus posesiones de América; y desde la resignada admisión de la dependencia con respecto a un ultramarino centro de dominio, pero dentro de una fraterna armonía, pasaron a juzgar que sus compromisos los ligaban únicamente con el lugar donde habían nacido.

Aquellas posiciones están representadas por planteamientos ideológicos muy precisos y elocuentes. Y en tanto que las providencias de la metrópoli denotan cierta vocación quietista, los alegatos criollos reflejan la progresiva definición de su conciencia política. Por su afinidad con la filosofía de la ilustración, y su declarada adhesión a teorías que estipulaban los deberes del gobernante para con el pueblo, impresionó en su momento José Baquijano y Carrillo, aunque sus metas se limitaban a una modesta integración de los españoles europeos y americanos. Hipólito Unanue abordó el tema, pero acatando las estudiadas voces de la prudencia, y volcó su versación para destacar la belleza física, el ingenio precoz, la sensibilidad artística y la solidez moral de los americanos; y, quebrando así los prejuicios que a la sazón propagaban los europeos, para justificar su dominio sobre el orbe, demostró la aptitud de los nativos del Nuevo Mundo para asumir las altas funciones que suele imponer el gobierno de las instituciones. No obstante los verbosos desbordamientos que tanto prodigó, Manuel Lorenzo de Vidaurre sólo avanzó hasta propiciar la adopción de la monarquía constitucional, y a proponer que se rompiera "la línea divisoria entre españoles americanos y europeos" para que pudiesen trabajar juntos en su mutua felicidad. Quizá no se halló en tales planteamientos la enfática y perentoria exigencia de un derecho —a cuya sustentación concurría aun la necesidad de supervivencia del régimen colonial—, y los dignatarios peninsulares no parecieron conmoverse ante su legitimidad y su coherencia.

Más precisa y vehemente fue la argumentación desple-

gada por Juan Pablo Viscardo y Guzmán, y José Mariano de La Riva Agüero y Sánchez Boquete, respectivamente acuciados por la nostalgia que en uno labró su injusto destierro, y en otro el conocimiento de los avances que la secesión lograba ya en el Río de la Plata. Ambos apuntan que, por ser mayores la población y las riquezas de América, debía corresponderle una parte predominante en el imperio hispánico; pero atienden a la distancia existente entre España y América, para acreditar la inoperancia del gobierno colonial; y, sin ambages, incitan a la independencia, porque aun el establecimiento de la dominación había sido injusto, y al cabo de los siglos sólo había ocasionado la reducción de sus poblaciones y el despilfarro de sus apetecidos bienes. En cierto sentido, ambos expresan también una tendencia a preservar la organización que la sociedad peruana había tenido en esos siglos; y, eliminando la incómoda preeminencia de los españoles, beneficiar a los criollos con las ventajas que proveía la sistemática explotación de los indios y los esclavos negros. Pues tal es el aliento de Viscardo cuando sustenta las pretensiones de los criollos en el derecho ganado por sus progenitores, los conquistadores, "que aunque no era el más justo, era a lo menos mejor que el que tenían los antiguos godos de España, para apropiarse el fruto de su valor y de sus trabajos". Y con propósito semejante aclaró Riva Agüero que no tenía "origen ni la menor relación con los indios"; y, al subrayar el españolismo de los criollos, agregó que eran "tan enemigos unos como otros de la raza indígena". No olvidamos que ambos han escrito en la historia la altivez de su afán libertario; pero juzgamos que su perspectiva adoleció de cierto subjetivismo, en cuanto creyeron que el desahucio del régimen colonial estaba destinado a reparar la postergación de los españoles americanos, y era compatible con el mantenimiento de la esencial injusticia que entrañó el trato dado a las llamadas castas inferiores.

No era posible que el advenimiento del Perú, como país independiente, se adecuase a una modesta continuación de los moldes que España aplicó en la ordenación general de su vida. Fundamentalmente, porque la rebelión alzada en nombre de la libertad, la justicia y la igualdad, habría derivado hacia una frustración, si no se hubiera ceñido a los principios del derecho de gentes, específicamente reconocidos en la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, y no se hubiera propuesto superar las inoperantes convenciones de la sociedad artificialmente dividida en estamentos. Tales fueron los designios que se hallan implícitos en las páginas del *Mercurio Peruano*, el periódico aparecido en los momentos aurorales de la nacionalidad, y que verdaderamente representa las concepciones ideológicas y los anhelos enderezados hacia la independencia: porque refleja los puntos de vista de la preclara Sociedad Académica de Amantes del País, albergada en los claustros de la Universidad Mayor de San Marcos, y serenamente orientada hacia la exposición y la crítica de hechos y conocimientos que revelan un claro proceso de integración cultural y diferenciación política. Sus trabajos sobre la realidad geográfica, la explotación de los recursos económicos, la historia, las tradiciones y las costumbres de los pueblos, contaminan el afecto que inspiró a sus autores, y destacan las creaciones de las más lejanas épocas y la genial potencialidad de todos los peruanos. Sin hesitaciones ni violencias, constituyen una demostración de optimismo. Y en la hora de las decisiones incidieron sobre esa huella las fervorosas alegaciones de José Faustino Sánchez Carrión, “el tribuno de la república peruana”, pues reclamó la libertad, sin discriminaciones ni privilegios, “que tiempo hay para que la virtud, el talento, la sabiduría y las hazañas formen distinciones”; a base del reconocimiento pleno de la dignidad de cada uno, abogó por la unidad civil, para establecer la mutua

protección de los individuos y rectificar “las irregularidades y defectos” que aportaban a la sociedad; y requirió la organización de un gobierno que “fuese una misma cosa que la sociedad peruana”, para garantizar “la consolidación o guarda de los derechos recíprocos”. Maduro ya, se concretaba el plan de la razón, en estricta sujeción a la naturaleza de las cosas, y ajeno a las presiones del interés. Quedó consagrado en las *Bases de la Constitución Peruana*, en cuanto declararon que “la soberanía reside esencialmente en la nación”. Y por eso, en el *manifiesto* que anunció al país la aprobación de aquellos principios miliares de la vida común, se dijo, solamente: “La política, desembarazada ya de sus nubes, hará consistir la felicidad pública en el libre goce de los derechos de los pueblos y de los hombres, y ensanchando los canales de la ilustración, de la población y del comercio, nos presentará como una nación coronada de la soberanía popular, grande y poderosa, amiga de todas las naciones, asilo de todos los desgraciados del mundo y patria de todos los que quieren ser libres”.

Arduas y dramáticas experiencias reflejó el concepto que acerca del Perú estereotiparon los creadores de la república. Y, como ellos, debemos volver constantemente a la búsqueda de las antiguas raíces de nuestro pueblo, y a sondear una y otra vez en las fuentes de nuestra cultura, cuando el destino del país requiera una orientación luminosa, la voluntad constructiva que a todos beneficie, y aun el gesto generoso determinado por el afecto franco. Como en los días legendarios de la fundación del Cuzco, debemos considerar a nuestra tierra como el centro del mundo, en cuanto su realidad y su destino constituyen el punto de apoyo desde el cual emergemos a la vida, y el lugar hacia el cual deseamos que converjan los mayores avances del saber y las más altivas formas de la felicidad social. Lejos, ya, de las discriminaciones impuestas por la violencia, e injustamente manteni-

das por el egoísmo y la soberbia; lejos de los privilegios contrarios a la dignidad ajena, y merced a los cuales prevalecieron la ineptitud y la indolencia; lejos de los exclusivismos que a veces buscan amparo en los pronunciamientos de multitudes turbulentas y tornadizas. Fatigosamente construido por indígenas y españoles, por criollos, mestizos y negros, y por hombres de buena fe que desde latitudes diversas han acudido para establecer en su suelo una morada cálida. Con una vocación histórica, afianzada a la sombra de la libertad y la justicia, de la seguridad y la solidaridad. El Perú es un país de síntesis, que en su pasado halla las más fecundas lecciones y puede mirar confiadamente hacia el futuro.

DISCURSO DE RESPUESTA DE DON AUGUSTO TAMAYO VARGAS

Antes de iniciar el ritual académico de exponer las calidades que ostenta el nuevo Miembro de Número que se incorpora a la Academia Peruana de la Lengua, en este caso Alberto Tauro, quiero referirme a dos aspectos que servirán de introito a mis palabras. La primera, relativa al carácter peculiar de nuestra institución. La segunda a la especial vinculación que me une a través de más de medio siglo al recipiendario.

Quiero reiterar ante ustedes que todas las Academias con sentido moderno tienen un carácter de asociaciones científicas que auscultan el lenguaje popular para dar camino a las expresiones que garanticen una buena comunicación entre los hablantes de un idioma, más allá de todo inútil cartabón que lo haga esqueleto sin vida. Pero la nuestra ha tenido desde su iniciación un papel que podríamos llamar insurgente: tratar de hacer reconocer oficialmente en el castellano, hoy más insistentemente llamado español, los términos que una antigua cultura americana había dejado grabados en la conciencia del pueblo nativo y se habían incrustado entre los intersticios de la cultura y la lengua que había llegado con la conquista, y forjado así la nacionalidad

peruana, (producto de una simbiosis cultural entre el mundo americano y el de la península ibérica europea). Fue tarea de Ricardo Palma luchar por ello. Establecer dentro del amplio campo de nuestro diccionario español las voces peruanas, y por extensión sud y centro americanas, que fueran necesarias, con un hálito de renovación que le llevó la mitad de su vida. Rindo por ello tributo especialísimo a quien fue conductor de una política académica nueva con un vigor popular que señalaba su condición de intérprete del hispanoamericanismo: a ese don Ricardo Palma que ya decía en carta a Tamayo y Baus, Secretario de la Real Academia Española, en 1878, que si había que conservar el espíritu del idioma, por un lado, había que recoger, por otro, los hálitos de constante renovación que soplan en las distintas regiones de nuestro común destino cultural. Desde entonces, nuestra Academia ha mantenido ese principio fundamental y a la vez ha tenido la puerta abierta para el ingreso de los más variados valores de nuestra cultura, acogiendo a los representantes de diversas corrientes intelectuales del país.

(Recuerdo por ello con satisfacción que en el acto de mi incorporación en 1965, decía expresamente: “Me complace y me honro en pertenecer a esta Academia, que ha contado y cuenta con tan valiosas figuras de nuestra literatura y que supo asimilar y recibir a tan dispares escritores desde los tiempos de los Palma, los Cisneros, los Camacho, los Paz Soldán y Unánue que, como en los casos de los Eguren, de los Martín Adán y de los Ciro Alegría —podía citar hasta entonces— han representado precisamente verdaderas revoluciones literarias en el más alto plano”).

Pasemos al segundo aspecto prefijado. Hace cincuenta años, en 1930, concluimos nuestros estudios secundarios en el Colegio de la Inmaculada de los Jesuitas, con Alberto Tauro. Somos, así, no sólo de la misma generación, sino de

la misma promoción colegial; y universitaria, más tarde. Formamos parte, por coincidencia, de una llamada Academia Literaria Cervantes, establecida dentro de ese centro para los estudiantes de los últimos años de la tradicional Secundaria; y pronunciamos en diciembre de aquel año, él, un "Discurso de Despedida al Colegio" y yo un poema con el mismo sentido, donde se manifestaban, tal vez, los caracteres que nos diferenciaran y que a la vez nos unieron desde entonces, a través de una larga vida que venimos compartiendo en nuestro país. Y que nos une otra vez, en un acto académico, en 1980, como en tantas oportunidades desde 1921, con un nombre detrás de otro en la lista de la clase. Puedo dar fe, así de mi conocimiento de Alberto Tauro, desde su formación escolar. Empeñado estuvo siempre en el erudito empeño de explicarse todo racionalmente; y contaríamos —a vía de anécdota— que trataba de aprenderse el Diccionario de memoria para no errar en los conceptos. Buscaba desde la adolescencia darle énfasis científico a la investigación histórico-literaria y así culminaría una primera etapa en la referida oración de "Despedida al Colegio", donde se sumaba un escepticismo racionalista al ímpetu de renovación que él pensaba arrastrar para ir hallando las metas que cada generación se propone obtener, sabiendo —por supuesto— que más allá surgirán nuevas por alcanzar. Mientras tomaba yo el camino de una poética explicación del hombre y sus circunstancias, se aferró él al estudio de nuestra sociedad, al dato preciso, a la reflexión de una conciencia alerta al descubrimiento racional y científico. Puedo hoy repasar las páginas amarillas del recuerdo y las también gastadas de las Memorias del Colegio de la Inmaculada y de la revista *Prometeo* que editáramos entonces, al final de nuestra vida colegial, para verlo tratar "la convulsión hispanoamericana", como un estudio de nuestra realidad cultural; y, al par, "el nacimiento del héroe", basado, sin duda, en lecturas de

Carlyle; y ofrecer en una sesión de nuestra academia cervantina el tema del "Ideario del pasado y del futuro", donde su posición historicista alcanzaba ya los primeros titubeantes pasos. Colegial aún, preparaba ya papeletas para sus posibles trabajos, con una constancia que yo consideraba prosaica pero que envidiaba, al mismo tiempo.

Un rescoldo romántico llegaba hasta nosotros por diversas vías después de la primera mundial conflagración. Tal vez si él fue romantizando su inicial formación clásica para poner énfasis en una posición iconoclasta de crítico del pasado inmediato, con una clara línea de "realismo" llevado al punto de la idealidad. Permítanme que hable en estos momentos con toques personales porque puedo explicarme a Alberto Tauro mirándolo a través de un espejo que nos refleje. Cuando publicamos *Prometeo* se ocupó él mayormente de ofrecer una lección sobre la raíz mítica de ese personaje legendario donde se une la rebelión a la libertad; para luego, con cierto dejo magisterial que estaba más allá de sus pocos años, entrar, desde su inquieta y a la vez pensadora pubertad, a la reseña crítica con el estudio de la revista *Bolívar*, que editaba en Madrid Pablo Abril de Vivero y donde colaboraban, César Vallejo, Angélica Palma, César Miró, Julio Málaga Grenet, pero también muchos escritores españoles vinculados al grupo de peruanos que vivían entonces en Europa. Posteriormente ofreció datos sobre revistas peruanas de la época: *Amauta*, —desaparecida ya ante la muerte de José Carlos Mariátegui, a la que dedicamos un emotivo editorial— y *Nueva Revista Peruana*, *Siempre*, *Universidad*, *Horario*, *Abecedario*, *Presente*, motivo fundamental esta última de su comentario en setiembre de 1930. Posteriores apreciaciones sobre *Nueva Revista Peruana* se tiñen de una posición renovadora en marzo de 1931; (para luego hacer comentarios sobre *Teoría y táctica del aprismo* bajo una inquietud sentida entonces por Tauro ante la presencia de un

insurgente grupo en el mes y año señalados). Las aguas corrieron rápidamente bajo sus pies y sus horizontes fueron marcadamente otros apenas superpuesta la barrera de la Universidad de San Marcos, en año de Reforma. En setiembre de 1936, apareció el primer número de la revista PALABRA *en defensa de la cultura*, que fundáramos con Alberto Tauro, José Alvarado Sánchez, José María Arguedas y Emilio Champion. Decíamos los editores de *Palabra*: “amamos la democracia”; y “nada lograremos si no obedecemos a la necesidad de solidarizarnos con quienes viven las mismas angustias”. Señalábamos que la crisis económica —la de la década del 30— había agudizado los antagonismos internacionales, empujando a los países hacia la carrera armamentista y a las potencias hacia la conquista de los pueblos menos fuertes económicamente. Insistíamos en que “odiábamos esas maniobras” y que “simpatizábamos con los pueblos débiles” porque “el tesoro de la independencia nacional enriqueció nuestra infancia”. Terminábamos sosteniendo que “aprovechando la herencia legada por nuestros antepasados trabajaríamos *para la cultura, la democracia y la paz*”. Creo que esos conceptos podríamos rubricarlos otra vez los componentes de PALABRA, —incluyendo al desaparecido José María Arguedas—. Era una revista escrita por estudiantes universitarios interesados en los varios aspectos de la cultura y teniendo como punto de mira la sociedad humana.

De especial significado fue el homenaje rendido en nuestro segundo número a Federico García Lorca, asesinado en aquellos días. Tal vez si el primero que le rindiera Hispanoamérica al poeta granadino. Así como en el N° 4 de PALABRA se rindió un cálido homenaje a la memoria de Enrique Bustamante y Ballivián, con la adhesión de 15 artículos de escritores peruanos, entre los que habría que citar a José Jiménez Borja y Estuardo Núñez, entre los críticos literarios más conocidos hoy, al par que miembros de la

Directiva de nuestra Academia Peruana de la Lengua. Enrique Bustamante y Ballivián representaba al poeta que había pasado desde el modernismo parnasiano de sus primeros años hasta el intenso y libre escritor con entraña nacional y social que publicara JUNIN, en los últimos años de su vida; pero también era el auspiciador de esa revista y de los primeros libros publicados por nosotros en aquella inolvidable imprenta —y casa editorial— ubicada en la calle de Guadalupe, con tantos recuerdos y tantas aspiraciones que no pueden quedar perdidos entre el polvo y los escombros que se llevaron de allí, al derruir la finca, a ¡sabe Dios qué mundo de barriadas marginales! (“Sobre el surco abierto el viento gritará su mañana colmada de mieses. Esperanza y fruto que un día entreabriera éste, don Enrique, del que hoy día constamos emocionalmente su arribo”, diríamos entonces).

Certificamos así, una etapa de nuestra común vida literaria a través de aquella revista que fue el producto de una generación: la generación nacida entre los años duros que siguieron a la caída de la dictadura de Leguía, en medio de una intensa preocupación surgida en aquel momento por la transformación histórica del mundo. Años después con Alberto Tauro insistimos en publicar PALABRA. Creo que la etapa juvenil a la que correspondía aquella revista había sido ya cancelada.

Merecería destacarse entre las colaboraciones firmadas por Tauro, la referente al problema del “indigenismo en el arte”, que se titula “Defensa del Indigenismo” y que adelanta conclusiones que insertaría en su tesis universitaria sobre “El Indigenismo a través de la poesía de Alejandro Peralta”. Desde entonces centró su pensamiento en el estudio del Perú desde diversos ángulos. Por ello quiero aplicarle lo que alguna vez honrosamente nos dijera nuestro maestro José Jimenez Borja: “Le correspondió salir del Colegio junto con un selecto grupo de jóvenes que ha constituido la generación

de 1930, aporte variado y hondo a nuestro proceso anímico ... Todos tuvieron una misma reacción frente a nuestra realidad inconexa y vetusta, petrificada en formas rutinarias y como el país ese año y los dos siguientes vivió un convulso despertar, ellos se estremecieron con las multitudes y participaron de su mesianismo desgarrado. Pudo disminuir o desvanecerse en algunos la beligerancia inicial; pero en todos alienta hasta hoy el fondo moral que originó su actitud: el afecto por el Perú ilustre y afrentado". Continúa Jiménez Borja: "Su ademán histórico fue levantar a un caído, borrar una injuria. Ello no solamente se consigue con una lucha directa sino también con un estado de conciencia intensamente difundido. Hasta la poesía pura, dice Azorín, tiene relación con la justicia, porque afina la sensibilidad que es premonitoria de las pasiones superiores del alma".

Es imprescindible apreciar a Tauro en función bibliográfica, como continuador de aquel niño lector de textos antiguos, ordenador de papeletas y amante del diccionario y de las acepciones de vocablos que llegan como ríos a través de las páginas de las revistas y de los libros. Son trabajos fundamentales los que siguen la peripecia de *Contemporáneos* y *Cultura* "dos revistas de la generación modernista"; o de "*El Espejo de mi tierra*", que muestra la obra periodística de un fino costumbrista satírico y de un académico literario como Felipe Pardo y Aliaga. Su persistente obra en ese sentido lo lleva a trabajar en revistas bibliográficas como *Fénix*, de la Biblioteca Nacional, a la que dedica tantos años y en la que también edita varios números del *Boletín* respectivo, entre los años 1947 y 1958. Dentro de ese mismo camino estarán los nueve volúmenes del *Anuario Bibliográfico Peruano*, donde se registra la producción peruana entre 1943 y 1959; así como *Bibliografía Peruana de la Historia*, que nos lleva a un ancho período de libros y publicaciones hechas entre 1935 y 1957; y la *Bibliografía Peruana de legis-*

lación y estudios jurídicos, por los mismos años; y la *Guía de Estudios Históricos* de 1955; y el aporte de *Bibliografía Peruana de la Literatura*, entre 1951 y 1958, que apareció en 1959. Dentro de una línea de pistas seguidas entre periódicos y revistas estará su "*Hacia un catálogo de seudónimos peruanos*" de 1965. Pero no quedó allí esta tarea por hallar y perseguir pistas bibliográficas. Presentó, por ejemplo, una auspiciosa bibliografía de nuestro Inca Garcilaso de la Vega, añadiendo una contribución más al estudio de la figura representativa de nuestro amanecer mestizo, que tanto se ha estudiado, se estudia y aún se continuará estudiando entre nosotros. En otro ángulo, sigue, después, con entusiasmo a Manuel Odriozola, quien realizara tan enjundiosa labor de bibliófilo; y persigue con tesón a Manuel de Mendiburu el autor del *Diccionario Histórico-biográfico del Perú*; y compila, analiza y publica su valioso *Diccionario Enciclopédico del Perú* en tres tomos y un Apéndice, obra de la que piensa ofrecer una edición ampliada en forma ostensible en plazo ya muy cercano. Es aquí donde reside uno de los significativos aportes de Tauro al estudio de la lengua en el Perú, al par que al conocimiento histórico en el devenir cultural peruano y a la geografía física y social de nuestro país. Con paciencia benedictina ha llevado sobre sus espaldas, singularmente, esta obra que generalmente es propia de grupos organizados y no de una sola persona. Desde "abaco": "usado en el antiguo Perú para hacer las cuentas que luego eran representadas en los *quipus*", hasta "zurriento"; y desde "abeca" —en el Apéndice—: "especie de conducto subterráneo, que durante la época colonial disponían los mineros de Huancavelica" . . . "formando un prolongado tubo por el cual se sublimaba el azogue hasta quedar condensado"; hasta el General Juan Manuel Zuloaga, quien "sentó plaza como soldado en la Guerra del Pacífico" y murió siendo "Presidente de la Sociedad Fundadores de la In-

dependencia, Vencedores el Dos de Mayo y Defensores Calificados de la Patria”, Tauro nos ofrece varios miles de términos que incluyen toponimias de nuestro suelo así como ensayos compendiados de dirigentes, intelectuales, artistas, políticos, militares, etc. ofreciendo una fisonomía del Perú. Su erudita labor historicista le permite dar con certeza prolija datos y caracteres sin descuidos ni improvisaciones; sin citas tomadas al desgaire o confiadas a la memoria. Se puede pensar que hay vocablos que faltan, que hay figuras que no han sido tratadas; pero éstas son ligeras omisiones que no desmerecen el total de la obra. Su “lluco” pescó hasta los animales más pequeños. Y con humildad que lleva a la sabiduría, va llenando las pequeñas lagunas que puedan haber quedado, para conformar las próximas ediciones. Que siempre por el trabajo acumulado habrá próximas en una infatigable y continua labor investigadora. Por la vía de su afición infantil hacia los diccionarios terminó haciendo uno propio de carácter enciclopédico, donde se han unido esa su pasión por las papeletas que resumen sus lecturas o satisfacen su ansia de pesquisa, con su pasión por el Perú, (que amamos con una nueva forma propia los de la generación del 30).

Dentro de los personajes y los temas que aparecen apretujada, aunque definidamente cada uno, en su *Diccionario*, algunos han salido de ese casillero para constituirse en capítulos fundamentales de su quehacer de infatigable investigador. Como síntoma de su preocupación histórica, al par que bibliográfica, están, por ejemplo, las ediciones de “La abeja republicana”, con prólogo suyo, donde se puede percibir entre las páginas de esa revista el hálito de la independencia y extraer de ellas, como parte fundamental, la literatura política de Sánchez Carrión y de los Jóvenes constituyentes del 22 y 23; y “La historia del Protectorado” de Germán Leguía Martínez, asimismo con prólogo suyo, y donde

se lleva a cabo por aquel historiador un brillante y cáustico análisis crítico del gobierno de San Martín en el Perú. En esta misma línea de estudio y presentación de fundamentales documentos sobre aquella época de nuestra historia, Tauro contribuiría a la Colección Documental de la Comisión Nacional del Sesquicentenario, con el cuidado y presentación de obras como las de Vidaurre, entre los ideólogos de la Independencia; y acerca de los principales periódicos de esa etapa de insurgencia liberal.

Avanzando en el siglo XIX, su interés se concentra en Felipe Pardo y Aliaga; y los estudios literarios en torno de él y de su personalidad satírica le deben el trabajo realizado sobre periódicos de 1834 y 1835 en el Perú, acerca de la campaña realizada contra el Fiscal Colmenares con el título de "La nariz", donde nuestro costumbrista seguía aguas de Quevedo al cumplir una de las más eficaces acciones de combate político-poético. Juntando esta tarea con el estudio general sobre el periodismo de Pardo y Aliaga, nos llevaría a la síntesis que Tauro ofrece como preciada faceta de aquél.

Si seguimos cronológicamente en cuanto al autor estas tareas literarias que Tauro viene cumpliendo, sin embargo, alternadamente, tendríamos una estación en Ricardo Palma. Al buscarse el origen de las "tradiciones peruanas", hay que ir a él para apreciar la teoría por la cual se halla como primer eslabón de aquéllas una "poesía olvidada": "Flor de los cielos", de 1851, que el propio Palma subtitularía "cuento nacional" y que Tauro encuentra que tiene ya la expresión de narración evocativa con sentido tradicional, que caracterizaría la primera etapa de las tradiciones palmistas. Pero aún más significativo en el descubrimiento de la entraña misma de la tradición literaria, es su libro conteniendo 24 *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma, con un estudio preliminar sobre las mismas, pero especialmente yendo y analizando a las fuentes de cada tradición que exhibe en esa

antología de un género que cumple entre nosotros su carácter de recogimiento de la vertiente popular engalanada por un estilo y una actitud literarias correspondientes al autor y a la época en que son recogidas y transformadas en literatura de creación narrativa. Es muy importante citar algunas de esas fuentes que ofrecen una continuidad tan peruana de temas que vienen del Inca Garcilaso, de cronistas como Gutiérrez de Santa Clara, de Diego Fernández, Bartolomé Cobo; de obras del virreynato como "El Drama de las Palanganas"; o de escritores contemporáneos de Palma que han hurgado en la vida nacional como Lavalle o Clorinda Matto; pero también en los antecedentes europeos como el citado caso de una leyenda de Goethe que sirve para la tradición "Contra pereza diligencia".

Nos hallaríamos, después, ante una de las predilecciones bibliográficas de Alberto Tauro: José Carlos Mariátegui.

Hemos señalado ya, al paso, cómo desde su adolescencia se ocupó de la revista *Amauta* que le debe con posterioridad estudios intensos. Así salió *Amauta y su influencia*, con un prólogo que significa un derrotero de esa extraordinaria revista que representa una de las mejores vitrinas de la literatura y del arte del Perú entre las dos guerras mundiales. Y al editarse en forma facsimilar la edición completa de ella, Alberto Tauro escribe un erudito trabajo sobre la obra de Mariátegui, al par que sobre la importancia y el conteo detallado de sus trascendentales números, bajo el título de *Noticia de "Amauta"*. No quisiera dejar de relevar los aciertos consignados en ese ensayo. Pero al mismo tiempo advertir que su entusiasmo por la obra de Mariátegui debe verse en una actitud integradora del espíritu de éste, sin deslindes que hagan detenernos solamente ante el político, que sin embargo —no puede dejar de señalarse— preside la actividad creadora de Mariátegui conforme fue acercándose hacia la muerte en los años que corrieron entre su

estada en Europa y abril de 1930. Quisiera, además, tomar aquí, a manera de pausa, una perspectiva que los una. El sentido o —más propiamente— el sentimiento indigenista que mueve a Mariátegui alimenta a Tauro en su primera tesis universitaria y en muchos otros escritos, así como en el autor del erudito discurso —logrado ensayo— que acabamos de oír; y por contradicción —o por actitud dialéctica en Mariátegui— se sustenta esa posición que se agita como bandera, muy lógica en los años 20, sobre una conciencia ideológica del llamado Occidente; (sobre una base grecolatina-europea); a partir de una base (—y no, por favor, el disparatado en base a—) occidentalista o si se quiere “universalista”, ya que hoy estará muy discutido el término “Occidente” como lo demuestra un personaje de *Consagración de la primavera* de Alejo Carpentier. Las teorías fundamentales que mueven hacia el socialismo a Mariátegui están profundamente enraizadas en la tradición europea y adquieren carta de ciudadanía universal en la acción integradora de la humanidad en el siglo XX. Por ello sirvieron para el ataque de ciertos sectores poco avizores en el contenido de las ideas, aunque oportunos u oportunistas para las circunstancias inmediatas de un porvenir político, que acusaron y siguieron acusando después de muerto a Mariátegui de europeizante y ajeno a la realidad americana; mientras él se movía precisamente en la búsqueda de un indigenismo que significaba mucho entonces, aunque hoy estén rebasadas las premisas de cualquier preeminencia andino-vernacular sea ideológica, artística o literaria que preconizara Mariátegui como indispensable para tomar estado de conciencia en el Perú de los años que fueron entre las dos guerras mundiales. (El indigenismo de Mariátegui se asentaba en su concepción de un mundo totalizador; donde el Perú, como cada nación o cultura, tendría que afirmar su imagen sin desmedro del volumen total que las engloba como partes de la sociedad

y como segmentos de las fuerzas geográficas e históricas de un organismo denominado mundo).

La adhesión de Tauro a las ideas de Mariátegui en el campo estético se acondicionan al "artista y su época", a la "concertada unidad" del arte y la vida, a la heterodoxia en las formas, a una adecuación de la fantasía a la realidad, a un determinismo histórico negándose sí cualquier dogma artístico o literario. Creo que Mariátegui escapaba a esos señalados como propios límites y que su afición por el surrealismo, por el estudio freudiano, por la apreciación del teatro de Pirandello, como por la poesía de Eguren entre nosotros, llevaba por dentro una libertad que estaba más allá de los "principios teóricos" y por supuesto de los "procedimientos técnicos". Tauro sigue las fundamentales bases de la crítica de Mariátegui a la literatura y el arte en el prólogo de "El artista y su época"; y con otro interesante prólogo expone su búsqueda de una narrativa en la conocida historia de "Siegfried y el Profesor Canella", dentro de los términos de "la novela y la vida". Con ello Mariátegui creó un camino novelesco para la historia del Profesor Canella y su enfrentamiento al otro yo surgido en el tipógrafo Mario Bruneri, como una continuidad o semejanza con la peripecia que Giraudoux dio a su obra teatral "Sigfrido y el limusino". (El humanismo de Mariátegui, su inquieto bucear por el mundo de la literatura y de la existencia están patentes en esta singular pieza de la obra multifacética que desarrolló con humildad, talento y erudición de clérigo, dentro de una acción plenamente intelectual no ajena, en él, al sentir agónico de la vida, y de allí su admiración por Unamuno).

La preocupación de Tauro por la obra no sólo rectora en el campo ideo-político sino también en la literatura y el arte de Mariátegui nos indica cómo ha persistido a través de toda su actividad el interés por aplicar la historia a la literatura, por el planteamiento de lo indispensable del dato

y de la época en el estudio literario. Pero podríamos decir, sin que ello lo sobresalte, que su acción de investigador ha caminado con mayor delectación en el mundo de las letras peruanas que en el propiamente histórico, aunque haya emprendido una tarea de publicación de la *Historia del Perú Republicano* y aunque hemos visto cómo se interesa en el estudio de la independencia y de los conductores y de las corrientes que han significado nuestro proceso mayormente desde los albores del siglo XIX para acá; y por descubrir, en fin, el contenido total de nuestra cultura arrancándola del fondo telúrico de la historia precolombina.

Con aquella preocupación por las letras y con el señalado carácter historicista y bibliográfico que se forjara desde las aulas colegiales podemos volver la mirada hacia sus estudios propiamente literarios. Particularmente habría por destacar los ensayos sobre *Amarilis Indiana* en torno del poema y a la posible personalidad de la autora de la "Epístola a Belardo"; y el titulado *Esquividad y gloria de la Academia antártica*, donde estudiara el Discurso en loor de la poesía de la anónima de Fernangil, presentada por Diego Mexía en su *Miscelánea Austral*, que sirven para todo examen que se lleve a cabo sobre esos dos poemas claves de nuestra literatura colonial. Ellos marcan la presencia de una o dos autoras, salvo el embaucamiento que nos hayan hecho Lope de Vega y el citado Mexía y que particularmente no sostengo, como tampoco Tauro. El ha desarrollado un estudio de ambos poemas, pero particularmente les ha señalado su marco histórico y desenvuelto a los posibles protagonistas de ellos, así como a cada uno de los miembros de la Academia Antártica, que es de por sí la primera colegiación de escritores y poetas en el Perú, a fines del siglo XVI y comienzos del XVII. Entre ellos está oculto el nombre de la autora del *Discurso*, "señora principal de este reino, muy versada en lengua Toscana y Portuguesa y por cuyo mandamiento y

por justos respetos no se escribe su nombre”, al decir del propio Diego Mexía. Pero también estará oculto para todos los tiempos el de aquella *Amarilis Indiana* que escribiera la amorosa silva que habría de recoger Lope de Vega en su *Filomena*. (No importa nombre si queda establecida su autoría femenina). Sobre ellas, (o sobre ella, en la opinión de los que sostienen la existencia de una sola auténtica poetisa de inicios del XVII) sobre sus poemas, sobre los personajes que las circundan, están los trabajos de Tauro, doctos y siempre encauzados a la tenaz pesquisa del documento y del dato.

El otro importante cauce de sus estudios literarios está en el indigenismo que estudiara desde sus primeros años de escritor y que auscultó a través de la poesía de Alejandro Peralta, para después apreciarlo a través de la narrativa, particularmente en Clorinda Matto de Turner, en la que hallara el doble valor literario y testimonial. El estudio de la obra de la Matto está, por supuesto, encauzado dentro del historicismo que ha seguido en toda su producción interpretativa, y con la minuciosa bibliografía que nos habla de su trabajo sobre las tradiciones de Palma.

Tauro es un polígrafo, en la segunda acepción que le da el Diccionario de la Lengua Española: “Autor que ha escrito sobre materias diferentes”. Y precisamente no en la primera ya que no se ha dedicado al “arte de escribir por diferentes modos secretos o extraordinarios, de suerte que lo escrito no sea inteligible sino para quien pueda descifrarlo”. Por el contrario, siempre ha estado en el plano de lo inteligible para la mayoría de los lectores; por una manera de escribir basada en el raciocinio, en la lógica, en la comprobación de los hechos o de las ideas que se plantean a la luz de la “realidad” que él entiende como consecuencia de lo que llama la vida. Su inquietud y su entrega a la tarea de escritor no están agitadas por mundos oscuros, ni por in-

tenciones poéticas, sino que, por el contrario, se resuelven, en fórmulas de equilibrio, donde la razón, el interés social y el descubrimiento de la verdad lleven a un ordenamiento exento de toda angustia existencialista y de toda revolución literaria que altere la adecuación entre el arte y la realidad que busca tan afanosamente.

Un temperamento bibliófilo, una vocación de maestro y una búsqueda de su nación, su país y su cultura lo han traído hoy a bucear ante nosotros en “la concepción del Perú” a través de los tiempos, desde milenarias épocas hasta que se llega a concebir una patria, como un legado de dos mundos que se expresan a través del lenguaje. Tal vez si sea parcial su testimonio y que podamos no estar todos de acuerdo con sus ideas. Predomina en su exposición sobre concepto del Perú una idea a identificarse con “la tradición y el destino del país y sus gentes”, dentro de la contienda cultural que significó la Conquista y con marcado método histórico en la interpretación social. El aplica una concepción de “ruptura” donde Octavio Paz aplica una de “violación” dentro de su conocido ensayo *El laberinto de la soledad*. Tauro sigue las aguas del Inca Garcilaso, como “mestizo cusqueño”, cuando aquél declara, “a boca llena”, ser “Indio Inca” y sentirse “forzado del amor natural de la patria”, exponiendo como parte de su espíritu bipolar solamente los ancestros maternos y no el ámbito cultural ibérico que le venía por el padre.

Podemos —en el caso personal— caminar quién sabe desde un mismo punto de apoyo hacia horizontes diversos. Pero dejo constancia de que un mismo espíritu de servicio a la cultura peruana nos ha traído hasta este recinto. Y hoy, al recibirlo en nombre de la Academia me felicito por la institución, pero también por mí mismo, que su clara expresión con su antiguo y renovado afecto por el diccionario; que su documentada retórica; que su ansia por hallar

las fuentes históricas y literarias; y que su amor por el Perú en su contexto geográfico, histórico, cultural en fin, traigan al seno de esta institución valiosísimo aporte del que nos hemos de sentir no solamente satisfechos sino movidos por él a nuevas y nuevas inquietudes dentro del desarrollo del lenguaje y de la investigación de las letras en nuestro país. Eso, al lado del afecto fraternal de una camaradería nacida con el despertar de la razón y el conocimiento y no interrumpida en sesenta años. Por ello me llena de regocijo este acto que no por protocolar es para mí menos intensamente sentido.

VIII CONGRESO DE LA ASOCIACION DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Del 21 al 26 de abril de 1980 se realizó en Lima, por invitación de la Academia Peruana de la Lengua, el VIII Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, de conformidad con la resolución que designó a Lima como sede en el anterior certamen realizado en Santiago de Chile en 1976.

Nuestra corporación, bajo la Dirección de don José Jiménez Borja y con la Secretaría de Don Augusto Tamayo Vargas, nombró en su oportunidad dos Comisiones para organizar debidamente el certamen. La Comisión Ejecutiva Organizadora fue presidida por el Secretario Perpetuo Don Augusto Tamayo Vargas e integrada por los Académicos señores Estuardo Núñez, Luis Jaime Cisneros, Francisco Miró Quesada, Alberto Tauro y Antonio Cornejo Polar. La Comisión Académica (Ponencias) estuvo presidida por don Aurelio Miró Quesada e integrada por los Académicos sra. Martha Hildebrant y señores Guillermo Hoyos Osoreo, Mario Vargas Llosa, Javier Sologuren, José Agustín de la Puente y Enrique Carrión.

Actos preparatorios

El 21 de abril se inauguró en el Instituto Nacional de Cultura la exposición bibliográfica "La Lengua Española en el Perú de 1532 a nuestros días", con una valiosa exposición de libros peruanos, en la que figuraron los impresos por Antonio Ricardo en 1584, en la primera imprenta de la América Meridional.

Pronunciaron discursos el Director del INC, don Francisco Abril de Vivero, el representante de nuestra Academia don Estuardo Núñez y el Académico ecuatoriano don José Rumazo González.

El 22 de abril se realizó en el Gran Hotel Bolívar donde se alojaron los Delegados— la Sesión Preparatoria del Congreso, convocada para elegir la Junta Directiva y las Comisiones de trabajo. Fue elegido Presidente el Director de la Academia Peruana de la Lengua, don José Jiménez Borja, y Secretario General don Augusto Tamayo Vargas. Vice-Presidentes lo fueron los Presidentes de las delegaciones, en el orden que marcó el sorteo reglamentario.

Enseguida don José Antonio León Rey, ratificado como Secretario General de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua, leyó la memoria de la labor realizada en los últimos cuatro años. Luego, el Académico peruano don Guillermo Lohmann Villena, Secretario General de la Oficina de Educación Iberoamericana, dio lectura a su informe sobre las actividades de esa entidad relacionadas con la lengua española. Finalmente, el Secretario General del Congreso, don Augusto Tamayo Vargas, dirigió unas breves palabras a los congresistas.

Terminada la Sesión Preparatoria los asistentes acudieron a un almuerzo criollo, con diversos números folklóricos, ofrecido por el Ministro de Educación y la señora de Guabloche a los Delegados y a sus esposas. Ofreció el agasajo el Minis-

tro, General de División José Guabloche Rodríguez. A nombre de los invitados, pronunció unas palabras el Académico, argentino don Angel J. Battistessa.

Sesión solemne de instalación

El mismo martes 22 de abril se realizó en la Municipalidad de Lima la solemne sesión de instalación. Por ausencia del Alcalde, de viaje en el extranjero, inició la sesión el encargado de la Alcaldía, don Vittorio de Ferrari, quien declaró "Huéspedes Distinguidos" de la ciudad a los Delegados participantes. Hablaron luego el Académico chileno don Roque Esteban Scarpa y el miembro de la Real Academia Española y de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias don Antonio Tovar.

A continuación el Director de nuestra corporación, don José Jiménez Borja, pronunció un conceptuoso discurso de saludo. "La Academia Peruana de la Lengua Correspondiente de la Real Española —dijo—, con casi cien años de existencia, considera como su más alta honra recibir en la capital del Perú a los representantes de sus hermanas Academias de España, América y Filipinas con el objeto de realizar el VIII Congreso de Academias de la Lengua Española. Lima, que desde 1535 rasga su aire con la sonancia gallarda y fina del castellano, que apenas fundada estableció conventos y Universidad, organizó concilios y dejó correr por sus calles romances y décimas populares, que tuvo virreyes poetas y Presidentes de elocuencia castiza, se ufana de la grandeza intelectual que en estos momentos la decora: eminentes escritores, señores del pensamiento y del verbo, narradores, críticos, liridas, lingüistas, forman en torno nuestro un círculo refulgente. Y nos traen un mensaje común: el de la gloria, unidad y eficacia de un sistema de voces que acaba de cumplir su milenio, que es hoy el tercero del mundo en cuan-

to al número de hablantes y que se proyecta al porvenir con un horizonte de luminosas culminaciones”.

Terminó invitando al Ministro de Relaciones Exteriores, Embajador don Arturo García y García a declarar inaugurado el certamen; como lo hizo en acertadas frases.

Actuaciones por el Día del Idioma

El 23 de abril, Día oficial del Idioma, se celebró la acostumbrada Misa de Honras en conmemoración de Cervantes y de los Académicos fallecidos, en la iglesia de Santa Rosa de los Padres, lugar natal de la Santa limeña.

Luego, en la llamada Casa de Oquendo o de Osambela, que va a ser restaurada por los Gobiernos del Perú y de España, se efectuó la ceremonia de colocación de la placa inaugural del Centro Cultural “Inca Garcilaso”, que será la sede de la Academia Peruana de la Lengua.

Pronunció unas palabras el Académico peruano don Aurelio Miró Quesada, quien expresó que era un acierto ponerle el nombre del Inca Garcilaso a esa mansión limeña, que forma parte del patrimonio histórico-monumental de la ciudad. “El Inca Garcilaso, el insigne cuzqueño, no sólo es el iniciador en el Perú de la crítica histórica, de la literatura en lengua castellana y, con su traducción de León Hebreo, de las meditaciones filosóficas, sino tiene para nosotros la importancia de un símbolo. Es el ejemplo del gran integrador, del mestizo que no sólo une las dos sangres (“porque de ambas naciones tengo prendas”, dice en su dedicatoria de los “Diálogos de Amor”), sino que enlaza desde la primera hora las viejas culturas del Perú con la cultura greco-romana-cristiana de Occidente traída hasta nosotros por los hombres de España”.

En la noche, en el Instituto Nacional de Cultura, se efectuó una sesión solemne de la Academia Peruana de la

Lengua, que se inició con un discurso del Secretario General del Congreso, don Augusto Tamayo Vargas, quien hizo una elegante y cabal presentación del Director de la Real Academia Española don Dámaso Alonso, a quien correspondió el discurso de orden.

El tema de la brillante conferencia de don Dámaso Alonso fue "El idioma español". "Tenemos que trabajar todos por la unidad básica de nuestra lengua en el mundo —resumió al concluir—. Tenemos que trabajar por la lengua. No movidos por un sentimiento nacionalista. Es un sentimiento de hermandad de veinte países. Nada de nacionalismos aisladores. Trabajaremos por nuestra lengua con un sentimiento de veneración y respeto como el que suele existir alrededor de un niño al que espera un gran destino. El destino de nuestra lengua es el de ser vínculo de hermandad, de paz y de cultura entre los cientos y cientos de millones de seres que, en proporción siempre creciente, la han de hablar en el siglo XXI y en los siglos y siglos de un larguísimo porvenir".

Exposición de manuscritos y recepción en la Universidad de San Marcos

En la Galería del Banco Continental, en Miraflores, se inauguró el 24 de abril una exposición de "Manuscritos y Recuerdos de Académicos Peruanos". Abrió la muestra el representante de la institución bancaria, don Silvio de Ferrari Lercari. Luego, en nombre de la Academia Peruana, pronunció unas hermosas palabras de evocación el Académico don Luis Jaime Cisneros.

El 25 de abril, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, la de más larga tradición en América, ofreció una recepción en honor del Congreso de Academias. Se inició el acto con el discurso del Académico don Luis Hernán Ra-

mírez, Jefe del Departamento de Lingüística de la Universidad. Usó luego de la palabra el Director Universitario de Proyección Social de la misma casa de estudios, don Carlos Thorne Boas. En nombre de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias agradeció la ceremonia el Académico colombiano don José León Rey. Y cerró el acto, en nombre del Rector y el Claustro de San Marcos, el Vice-Rector de la Universidad don Gustavo Saco.

Sesiones de trabajo

Durante los días 23 á 26 se realizaron las sesiones de las Comisiones de Trabajo, en el tradicional local del Museo Nacional de Historia, en Pueblo Libre, que fue residencia de Virreyes, Libertadores y Presidentes y donde se estableció la sede del Congreso de Academias.

Para distribuir la labor se organizaron las siguientes Comisiones:

I— Tema: “Régimen académico”.— Presidente, Alfonso García Valdecasas (España); Coordinador, Estuardo Núñez (Perú); Relator, Alfredo Martínez Moreno (El Salvador); Secretario, Justino Cornejo (Ecuador).

II.— Tema: “Unidad y defensa del idioma español”.— Presidente, Angel J. Battistessa (República Argentina); Coordinador, Luis Hernán Ramírez (Perú); Relator, Carlos Castañón Barrientos (Bolivia); Secretario, Fray Cesáreo de Armellada (Venezuela).

III— Tema: “Temas gramaticales”.— Presidente, Rafael Torres Quintero (Colombia); Coordinador, Enrique Carrión Ordóñez (Perú); Relator Enrique Carrión; Secretario, Luis A. Lescano (Paraguay).

IV— Tema: “Temas lexicológicos y semánticos”.— Presidente, Julio Ycaza Tigerino (Nicaragua); Coordinado-

ra, Martha Hildebrandt (Perú); Relator, Jorge Siles Salinas (Bolivia); Secretario, Luis Moscoso Vega (Ecuador).

V— Tema: "Investigación, enseñanza y difusión del idioma".— Presidenta, Piedad Larrea Borja (Ecuador); Coordinador, Luis Jaime Cisneros (Perú); Relator, Martín Panero (Chile); Secretario, Gustavo Adolfo Wyld Ferraté (Guatemala).

VI— Tema: "Temas literarios".— Presidente, Arturo Sergio Visca (Uruguay); Coordinador, Antonio Cornejo Polar (Perú); Relator, Monseñor Juan Quirós (Bolivia); Secretario, Carlos Ruiz Tagle (Chile).

Terminadas las labores de las Comisiones, se leyeron y aprobaron las Actas en sesiones plenarias, con las Recomendaciones, Resoluciones, Votos y Acuerdos respectivos.

Sesión solemne de clausura

El sábado 26 de abril, después de un breve acto de homenaje al primer Director de la Academia Peruana de la Lengua, don Francisco García Calderón, ante su monumento en la Plaza García Calderón de Pueblo Libre, se desarrolló la sesión solemne de clausura, con asistencia del Presidente de la República.

Abrió el acto don Arturo Agüero Chaves, de la Academia Costarricense. Pronunció luego el discurso de despedida el Presidente de la Comisión Permanente de Academias de la Lengua Española y Secretario de la Real Academia, don Alonso Zamora Vicente, quien hizo una fiel exposición de los nuevos conceptos académicos en España y América y reiteró el pedido de colaboración para las futuras ediciones del "Diccionario" oficial y de la "Gramática" normativa.

El Director de la Academia Peruana, don José Jiménez Borja, efectuó luego un adecuado recuento del Congreso y de la eficaz labor desarrollada por las Comisiones. "La pri-

mera, de régimen Académico —expresó— ha comprendido los informes sobre el funcionamiento de las demás Academias en el lapso del 76 al 80”, así como el sistema de colaboración académica y la edición de libros, boletines y anuarios. “Acto importante en este campo ha sido la admisión a la Asociación de Academias de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, formada en Nueva York por hombres de letras y especialistas de notables prestigios”.

“La segunda sección —continuó— se ha ocupado de la unidad y defensa del idioma. La unidad a que se ha hecho referencia es la cima de nuestra intención académica”; unidad que supone una defensa, “no la autoritaria e impositiva sino la consciente, demostrada, asumida por el hablante sobre la base de la educación, la cultura y el sentimiento del arte”.

“La sección tercera, de Temas Gramaticales, estuvo dedicada a los especialistas que analizan científicamente el idioma”, en los ricos sectores fonológicos y sintácticos. “Los temas Lexicológicos y Semánticos de la sección cuarta constituyeron un campo de cosecha importante”; donde no hay “reglas matemáticas como en la física porque se trata de un fenómeno espiritual, pero sí pueden imponerse fluencias de sensibilidad que nos lleven a la abundancia dentro del decoro, la delicadeza y la elegancia”. “La sección quinta, sobre Enseñanza y Difusión del Idioma, ha motivado la concurrencia de acertadas contribuciones”; y “los Estudios Literarios, asignados a la sección sexta, concitaron la seducción de siempre”.

Finalmente, indicó que el Congreso había iniciado la participación de profesores universitarios de español con el carácter de observadores, y con provechosos resultados.

Declaró clausurado el Congreso el Presidente de la República, General de División Francisco Morales Bermúdez, quien hizo notar que el idioma español es “el cauce en el cual la comunidad hispanohablante está realizando su destino” y “uno de los medios más importantes de lucha por la inde-

pendencia y la soberanía de todos los pueblos”. “Los apor-tes que en este Congreso se han hecho al conocimiento del español, y de manera general a la lingüística, la filosofía y la gramática tienen por eso una extraordinaria importancia”. “Hoy es más urgente que nunca —expresó en otra parte— preservar la unidad de nuestra lengua”, porque “todo aquello que contribuya a unir a nuestros países habrá de contribuir a aumentar su poder de negociación y, en consecuencia, su poder para intervenir en la marcha de la historia”.

Publicación de la Memoria

Sólo tres meses después de terminadas las labores del Congreso, la Academia Peruana de la Lengua, en edición generosamente auspiciada por el Ministerio de Educación, publicó la Memoria del VIII Congreso de Academias de la Lengua Española.

En un volumen de 640 páginas se han recogido los documentos relacionados con la convocatoria, la organización, el reglamento y el programa del certamen; los discursos pronunciados en sesiones públicas y en actuaciones especiales; los informes de las Academias; las ponencias presentadas a las seis Comisiones de Trabajo; las actas de las sesiones plenarias; un anexo correspondiente a la incorporación de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

En el volumen se consigna el agradecimiento del Presidente del Comité Ejecutivo Organizador, don Augusto Tamayo Vargas, por toda la colaboración y el apoyo prestado para el más lucido éxito del Congreso.

LISTA DE ACADEMICOS PERUANOS DE LA LENGUA

Por César Gutiérrez Muñoz y Luis Alberto Ruiz Ramírez

I

Introducción

Salvo el Inca Garcilaso de la Vega, a quien con justicia se le considera patrono de la Academia, los nombres registrados en esta lista son de peruanos que en distinta calidad estuvieron o están vinculados a los antecedentes, historia y vida institucional de la Academia Peruana de la Lengua, fundada en 1887.

Cuando se preparaba el catálogo de la muestra *Manuscritos y recuerdos de académicos peruanos*, organizada y presentada por el Banco Continental en homenaje al VIII Congreso de Academias de la Lengua Española (Lima, 22-26 de abril de 1980), reparamos en la ausencia de una relación completa de los individuos que de algún modo estaban unidos a ella.

Los resultados positivos de la pesquisa inicial acrecentaron nuestro interés en el tema y persistimos hasta culminar el trabajo que ahora ofrecemos, provisional en mucho pero

que podría servir de base para estructurar un archivo de expedientes personales de los académicos peruanos.

Diversas fuentes nutrieron la indagación. Estudiosos, familias e instituciones aportaron datos esenciales. Recurrimos a los fondos documentales y bibliográficos de la Academia Peruana de la Lengua, Archivo Arzobispal de Lima, Departamental de La Libertad, Archivo General de la Nación, Archivo Histórico Riva-Agüero, Biblioteca Félix Dene-gri Luna, Biblioteca Nacional, Biblioteca del Instituto Riva-Agüero, Biblioteca de la Municipalidad de Lima, Casa de Ricardo Palma y Real Academia Española, de cuyo archivo su Secretario Perpetuo, don Alonso Zamora Vicente, nos proporcionó útil información. También visitamos el Cementerio General "Presbítero Matías Maestro", donde están sepultados varios académicos.

Los ochenta y un nombres de la lista han sido distribuidos de acuerdo con el siguiente esquema:

1. El patrono
2. El forjador
3. Los académicos correspondientes extranjeros de la Real Academia Española (1860-1885)
4. Los fundadores (1887)
5. Los académicos de número
6. Los académicos correspondientes de la Academia Peruana de la Lengua.

Cada ficha incluye nombres y apellidos, seudónimo en caso de existir, lugar y año de nacimiento y muerte, año de elección, título del discurso de incorporación —que sólo va entre comillas cuando ha sido puesto por el mismo recipiente y no por los autores de la lista, como en otros casos— y año de su lectura, académico encargado de la contestación, y cargos desempeñados en la Academia. Las dudas van señaladas con un signo de interrogación.

Agradecemos muy sinceramente la valiosa ayuda brindada por los señores Luis Alayza Grundy, Mario Cárdenas Ayaipoma, Percy Cayo Córdova, Napoleón Cieza Burga, Luis Jaime Cisneros, Silvio De Ferrari Lercari, Félix Dene-gri Luna, Augusto Leguía Tello, Alejandro Lostaunau Ulloa, Juan Mejía Baca, Aurelio Miró Quesada, Eduardo Murguía Marañón, Estuardo Núñez, Mario Ormeño Ruiz, Rodomiro Ortiz Ríos, Magda Porras, Alberto Rosas Siles M., Augusto Tamayo Vargas y Alonso Zamora Vicente.

II

1. *El patrono*

INCA GARCILASO DE LA VEGA

o Gómez Suárez de Figueroa

(Cuzco, 1539 - Córdoba, 1616)

2. *El forjador*

PALMA SORIANO, Ricardo

(Lima, 1833 - 1919)

Académico fundador 1887

3. *Los académicos correspondientes extranjeros de la Real Academia Española (1860 - 1885)*

MENDIBURU Y BONET, General Manuel de

(Lima, 1805 - 1885)

Académico 1879

PARDO Y ALIAGA, Felipe

(Lima, 1806 - 1868)

Académico 1860

PARDO Y LAVALLE, Manuel
(Lima, 1834 - 1878)
Académico 1871

RIBEYRO ESTRADA, Juan Antonio
(Lima, 1810 - 1886)
Académico 1885

TORDOYA MONTTOYA, Monseñor Pedro José
(Caravelí - Arequipa, 1813 - Lima, 1883)
Académico antes de 1875 (°)

VIVANCO ITURRALDE, General Manuel Ignacio de
(Lima, 1806 - 1873)
Académico 1871

4. *Los fundadores (1887)*

CISNEROS, Luis Benjamín
(Lima, 1837 - 1904)
Primer Secretario Perpetuo 1887 - 1904

CORONEL ZEGARRA, Félix Cipriano
(Piura, 1845 - Lima, 1897)

GARCIA CALDERON LANDA, Francisco
(Arequipa, 1834 - Lima, 1905)
Primer Director en ejercicio 1887

GOICOCHEA Y GARCÉS, César
(Trujillo, 1854 - Lima, 1914)

(*) En el primer *Anuario de la Real Academia Española* (Madrid, 1875) figura ya como tal académico, aunque no se precisa el año de su elección.

GUTIERREZ DE QUINTANILLA, Emilio
(Lima, 1858 - 1935)

LARRABURE Y UNANUE, Eugenio
(Lima, 1844 - 1916)

LAVALLE Y ARIAS DE SAAVEDRA, José Antonio de
Seud. "*Licenciado Perpetuo Antañón*"
(Lima, 1833 - 1893)
Primer Director electo 1887

PAZ SOLDAN Y UNANUE, Pedro
Seud. "*Juan de Arona*"
(Lima, 1839 - 1895)

ROCA Y BOLOÑA, Monseñor José Antonio
(Lima, 1834 - 1914)

ROSSEL SIROT, Ricardo
Seud. "*Carlos Doriser*"
(Lima, 1841 - 1909)

TOVAR CHAMORRO, Monseñor Manuel
(Sayán-Lima, 1844 - Tarma, 1907)
Censor 1887 - 1890

5. *Los académicos de número*

ALAYZA Y PAZ SOLDAN, Luis
(Lima, 1883 - 1976)
Académico 1956

Discurso: "Luis Fernán, periodista y político. Expresión del Perú" (1959)

Contestación: Jorge Basadre Grohmann

ALEGRIA BAZAN, Ciro
(Huamachuco-La Libertad, 1908 - Chacabuco-Lima, 1967)
Académico 1960
Sin discurso

BARREDA Y LAOS, Felipe
(Lima, 1888 - Buenos Aires, 1973)
Académico 1917
Discurso: "La argentinidad en la literatura hispanoamericana"
(1935)
Contestación: Víctor Andrés Belaunde

BASADRE GROHMANN, Jorge
(Tacna, 1903 - Lima, 1980)
Académico 1941
Sin discurso

BELAUNDE DIEZ CANSECO, Víctor Andrés
(Arequipa, 1883 - Nueva York, 1966)
Académico 1917
Director 1947 - 1966

BELLI DE LA TORRE, Carlos Germán
(Chorrillos-Lima, 1927)
Académico 1980

BENVENUTTO MURRIETA, Pedro Manuel
(Lima, 1913 - 1978)
Académico 1965
Discurso: "Los problemas lingüísticos peruanos y nuestra
Academia" (1968)
Contestación: José Jiménez Borja
Tesorero 1967 - 1978

BUSTAMANTE Y RIVERO, José Luis

(Arequipa, 1894)

Académico 1956

Discurso: I. Consideraciones de orden lingüístico.

II. Semblanza de Francisco García Calderón Rey (1959)

Contestación: Aurelio Miró Quesada Sosa

CARRILLO NAVARRETE, Enrique Augusto

Seud. "Cabotín"

(Lima, 1877 - 1936)

Académico 1917

Discurso: Elogio de Monseñor José Antonio Roca y Boloña
(1934)

Contestación: José de la Riva-Agüero y Osma

CARRION ORDÓÑEZ, Enrique

(Lima, 1934)

Académico 1980

CASTRO Y OYANGUREN, Enrique

(Pisco-Ica, 1875 - Lima, 1938)

Académico 1917

Secretario Perpetuo 1921? - 1938

Redactor del *Boletín de la Academia Peruana correspondiente de la Real Academia Española* (1918)

CISNEROS BUSTAMANTE, Luis Fernán

(París, 1882 - Lima, 1954)

Académico antes de 1948 ?

CISNEROS VIZQUERRA, Luis Jaime

(Lima, 1921)

Académico 1965

Discurso: "Lengua y mundo de don José Gálvez" (1965)

Contestación: José Jiménez Borja '
Bibliotecario 1979 - continúa

CORNEJO POLAR, Antonio
(Lima, 1936)
Académico 1980

CORNEJO CENTENO, Mariano Hilario
(Arequipa, 1867 - París, 1942)
Académico 1917

DELGADO ESPINOZA, Honorio F.
(Arequipa, 1892 - Lima, 1969)
Académico 1941
Sin discurso

DEUSTUA ESCORZA, Alejandro Octavio
(Huancayo, 1849 - Lima, 1945)
Académico 1917

EGUREN RODRIGUEZ, José María
(Lima, 1874 - 1942)
Académico 1941
Sin discurso

ESCOBAR SAMBRANO, Alberto
(Lima, 1929)
Académico 1975
Discurso: "Tipología, variedades y zonificación del Español
del Perú: propuestas para un debate" (1976)
Contestación: José Jiménez Borja

FUENTE BENAVIDES, Rafael de la
Seud. "*Martín Adán*"

(Lima, 1908)

Sin discurso

GALVEZ BARRENECHEA, José

(Tarma-Junín, 1885 - Lima, 1957)

Académico 1917

GARCIA CALDERON REY, Francisco

(Valparaíso, 1883 - Lima, 1953)

Académico 1917

HILDEBRANDT PEREZ TREVIÑO, Martha

(Chiclín-Trujillo, 1925)

Académica 1971

Discurso: "Modismos y refranes en el habla de Bolívar"
(1974)

Contestación: José Jiménez Borja

HOYOS OSORES, Guillermo

(Cajamarca, 1903)

Académico 1941

Discurso: Homenaje a Monseñor Manuel Tovar Chamorro
en el centenario de su nacimiento (1944)

Contestación: José Jiménez Borja

IBERICO RODRIGUEZ, Mariano

(Cajamarca, 1893 - Lima, 1974)

Académico 1941

Sin discurso

JARA Y URETA, José María de la

(Lima, 1879 - Theresópolis-Brasil, 1932)

Académico 1917

JIMENEZ BORJA, José

(Tacna, 1901)

Académico 1941

Discurso: Elogio de San Juan de la Cruz (1942)

Contestación: José de la Riva-Agüero y Osma

Secretario Perpetuo 1941 - 1979

Director 1979 - continúa

LAVALLE Y GARCIA, Juan Bautista de

(Lima, 1887 - Washington, 1970)

Académico 1917

Censor 1941 - 1946 ?

LEGUIA SALCEDO, Augusto Bernardino

(San José-Lambayeque, 1863 - Lima, 1932)

Académico 1926

Discurso: Reflexiones sobre el gobierno y los gobernantes
(1926)

Contestación: Enrique Castro y Oyanguren

LOHMANN VILLENA, Guillermo

(Lima, 1915)

Académico 1971

Discurso: "La poesía satírico-política durante el Virreinato"
(1972)

Contestación: Aurelio Miró Quesada Sosa

LOPEZ ALBUJAR, Enrique

(Chiclayo, 1872 - Lima, 1966)

Académico 1941

Sin discurso

LOSADA Y PUGA, Cristóbal de

(Cajamarca, 1894 - Lima, 1961)

Académico 1956

Discurso: La enseñanza superior. Algunas reflexiones sobre ciertos problemas universitarios (1959)

Contestación: Oscar Miró Quesada de la Guerra

MIRO QUESADA CANTUARIAS, Francisco

(Lima, 1918)

Académico 1971

Discurso: "De la Insula Barataria a la gramática generativa" (1972)

Contestación: Luis Jaime Cisneros Vizquerra

MIRO QUESADA DE LA GUERRA, Oscar

Seud. "Racso"

(Lima, 1884)

Académico 1917

Secretario Perpetuo 1941

Censor 1947 - continúa

MIRO QUESADA SOSA, Aurelio

(Lima, 1907)

Académico 1947

Discurso: "El Perú en la obra de Tirso de Molina" (1948)

Contestación: Raúl Porrás Barrenechea

Director 1967 - 1979

NUÑEZ HAGUE, Estuardo

(Lima, 1908)

Académico 1965

Discurso: "La imagen del mundo en la literatura peruana" (1965)

Contestación: Aurelio Miró Quesada Sosa

Bibliotecario 1967 - 1978

Tesorero 1979 - continúa

PALMA RAMIREZ, Clemente

(Lima, 1872 - 1946)

Académico 1934

PORRAS BARRENECHEA, Raúl

(Pisco-Ica 1897 - Lima, 1960)

Académico 1941

Discurso: Francisco Pizarro (1941)

Contestación: José de la Riva-Agüero y Osma

PRADO Y UGARTECHE, Javier

(Lima, 1871 - 1921)

Académico 1917

Director 1918 - 1921

PUENTE CANDAMO, José Agustín de la

(Lima, 1922)

Académico 1980

RADA Y GAMIO, Pedro José

(Arequipa, 1873 - Lima, 1938)

Académico antes de 1926 ?

RAMIREZ MENDOZA, Luis Hernán

(Mayobamba-San Martín, 1926)

Académico 1980

RIOS REY, Juan

(Lima, 1914)

Académico 1971

Sin discurso

RIVA-AGÜERO Y OSMA, José de la

(Lima, 1885 - 1944)

Académico 1917
Director 1934 - 1944

ROMERO PINTADO, Fernando
(Lima, 1905)
Académico 1976
Discurso: "El habla costeña del Perú y los lenguajes
afronegros" (1977)
Contestación: Aurelio Miró Quesada Sosa

SANCHEZ SANCHEZ, Luis Alberto
(Lima, 1900)
Académico 1980

SOLARI SWAYNE, Manuel
(Lima, 1914)
Académico 1980

SOLOGUREN MORENO, Javier
(Lima, 1922)
Académico 1975
Discurso: "Perspectivas sobre la poesía de Emilio Adolfo
Westphalen" (1979)
Contestación: Luis Jaime Cisneros Vizquerra

TAMAYO VARGAS, Augusto
(Lima, 1914)
Académico 1965
Discurso: "Abraham Valdelomar" (1965)
Contestación: Oscar Miró Quesada de la Guerra
Secretario Perpetuo 1979 - continúa
Presidente del Comité Ejecutivo Organizador del VIII
Congreso de Academias de la Lengua Española (Lima, 1980)

TAURO DEL PINO, Alberto
(Callao, 1914)
Discurso: "Concepto del Perú" (1980)
Contestación: Augusto Tamayo Vargas

TOLA PASQUEL, José
(Lima, 1914)
Académico 1976
Discurso: "La matemática: lenguaje, estética y significación"
(1978)
Contestación: Francisco Miró Quesada Cantuarias

UGARTE CHAMORRO, Miguel Angel
(Arequipa, 1910)
Académico 1980

ULLOA SOTOMAYOR, Alberto
(Lima, 1892 - 1975)
Académico 1959
Sin discurso

URETA FERRANDIZ, Alberto J.
(Lima, 1885 - 1966)
Académico 1950
Sin discurso

VARGAS LLOSA, Mario
(Arequipa, 1936)
Académico 1975
Discurso: "José María Arguedas, entre sapos y halcones"
(1977)
Contestación: Augusto Tamayo Vargas

VARGAS UGARTE S. J., Rubén

(Lima, 1886 - 1975)

Académico 1941

Discurso: "La elocuencia sagrada en el Perú en los siglos XVII y XVIII" (1941)

Contestación: José de la Riva-Agüero y Osma

VELARDE BERGMAN, Héctor

(Lima, 1898)

Académico 1961

Sin discurso

VILLARAN ANGULO, Luis Felipe

(Lima, 1845 - 1920)

Académico 1917

VILLARAN GODOY, Manuel Vicente

(Lima, 1873 - 1958)

Académico 1934

WAGNER DE REYNA, Alberto

(Lima, 1915)

Académico 1961

Discurso: "La historia como evocación" (1963)

Contestación: Honorio F. Delgado Espinoza

6. *Los académicos correspondientes de la Academia
Peruana de la Lengua*

PEÑA BARRENECHEA, Enrique

(Lima, 1904)

Académico 1980

RIBEYRO ZUÑIGA, Julio Ramón

(Lima, 1929)

Académico 1980

III

INDICE ONOMASTICO (*)

- Alayza y Paz Soldán, Luis 5
 Alegría Bazán, Ciro 5
 Barreda y Laos, Felipe 5
 Basadre Grohmann, Jorge 5
 Belaunde Diez Canseco, Víctor Andrés 5
 Belli de la Torre, Carlos Germán 5
 Benvenuto Murrieta, Pedro Manuel 5
 Bustamante y Rivero, José Luis 5
 "Cabotín" (véase Carrillo Navarrete, Enrique Augusto) 5
 "Carlos Doriser" (véase Rossel Sirot, Ricardo) 4
 Carrillo Navarrete, Enrique Augusto (véase "Cabotín") 5
 Carrión Ordóñez, Enrique 5
 Castro y Oyanguren, Enrique 5
 Cisneros, Luis Benjamín 4
 Cisneros Bustamante, Luis Fernán 5
 Cisneros Vizquerra, Luis Jaime 5
 Cornejo Polar, Antonio 5
 Cornejo Centeno, Mariano Hilario 5
 Coronel Zegarra, Félix Cipriano 4
 Delgado Espinoza, Honorio F. 5
 Deustua Escorza, Alejandro Octavio 5
 Eguren Rodríguez, José María 5
 Escobar Sambrano, Alberto 5
 Fuente Benavides, Rafael de la (véase "Martín Adán") 5
 Gálvez Barrenechea, José 5
 García Calderón Landa, Francisco 4
 García Calderón Rey, Francisco 5

(*) La numeración corresponde a la de los epígrafes de las subdivisiones de la lista de académicos peruanos de la Lengua.

- Goicochea y Garcés, César 4
 Gutiérrez de Quintanilla, Emilio 4
 Hildebrandt Pérez Treviño, Martha 5
 Hoyos Osores, Guillermo 5
 Iberico Rodríguez, Mariano 5
 Inca Garcilaso de la Vega (véase Suárez de Figueroa, Gómez) 1
 Jara y Ureta, José María de la 5
 Jiménez Borja, José 5
 "Juan de Arona" (véase Paz Soldán y Unanue, Pedro) 4
 Larrabure y Unanue, Eugenio 4
 Lavalle y Arias de Saavedra, José Antonio de (véase "Licenciado Perpetuo Antañón") 4
 Lavalle y García, Juan Bautista de 5
 Leguía Salcedo, Augusto Bernardino 5
 "Licenciado Perpetuo Antañón" (véase Lavalle y Arias de Saavedra, José Antonio) 4
 Lohmann Villena, Guillermo 5
 López Albújar, Enrique 5
 Losada y Puga, Cristóbal de 5
 "Martín Adán" (véase Fuente Benavides, Rafael de la) 5
 Mendiburu y Bonet, General Manuel de 3
 Miró Quesada Cantuarias, Francisco 5
 Miró Quesada de la Guerra, Oscar (véase "Racso") 5
 Miró Quesada Sosa, Aurelio 5
 Núñez Hague, Estuardo 5
 Palma Ramírez, Clemente 5
 Palma Soriano, Ricardo 2
 Pardo y Aliaga, Felipe 3
 Pardo y Lavalle, Manuel 3
 Paz Soldán y Unanue, Pedro (véase "Juan de Arona") 4
 Peña Barrenechea, Enrique 6
 Porras Barrenechea, Raúl 5
 Prado y Ugarteche, Javier 5

- Puente Candamo, José Agustín de la 5
 "Racso" (véase Miró Quesada de la Guerra, Oscar) 5
 Rada y Gamio, Pedro José 5
 Ramírez Mendoza, Luis Hernán 5
 Ribeyro Estrada, Juan Antonio 3
 Ribeyro Zúñiga, Julio Ramón 6
 Ríos Rey, Juan 5
 Riva-Agüero y Osma, José de la 5
 Roca y Boloña, Monseñor José Antonio 4
 Romero Pintado, Fernando 5
 Rossel Sirot, Ricardo (véase "Carlos Doriser") 4
 Sánchez Sánchez, Luis Alberto 5
 Solari Swayne, Manuel 5
 Sologuren Moreno, Javier 5
 Suárez de Figueroa, Gómez (véase Inca Garcilaso de la
 Vega) 1
 Tamayo Vargas, Augusto 5
 Tauro del Pino, Alberto 5
 Tola Pasquel, José 5
 Tordoya Montoya, Monseñor Pedro José 3
 Tovar Chamorro, Monseñor Manuel 4
 Ugarte Chamorro, Miguel Angel 5
 Ulloa Sotomayor, Alberto 5
 Ureta Ferrándiz, Alberto J. 5
 Vargas Llosa, Mario 5
 Vargas Ugarte S.J., Rubén 5
 Velarde Bergman, Héctor 5
 Villarán Angulo, Luis Felipe 5
 Villarán Godoy, Manuel Vicente 5
 Vivanco Iturralde, General Manuel Ignacio de 3
 Wagner de Reyna, Alberto 5

EL LENGUAJE DE LAS TIAS Y EL LENGUAJE DE LOS SOBRINOS

Por Héctor Velarde

EL LENGUAJE DE LAS TIAS

Los jovencitos no comprendían el lenguaje de sus tías. Mi tía Florencia dijo ayer que “otro gallo le cantara” . . .

—¿Tiene negocio de pollos?

Mi tía Clorinda a cada rato le dice a Don Pedro que no se meta en “líos de faldas”.

—Eso tiene algo que ver con los bluejeans de la vecina.

¿Ya le dejaron la “corona de misas” a la Señora Pujol?, preguntó mi tía Florencia.

—¿Dónde se la ponen?

—En la cabeza, pues . . .

¡Qué insolencia la del Chico de no “darle la vereda” a Don Pantaleón!, protestó tu tía Clorinda.

—¿Iba a ser con grúa?

Mi tía Florencia contó que le están “haciendo un busto” al abuelo.

—Pero si ya lo operaron de la próstata.

¡Qué lindo “vino de honor” le dieron al Ingeniero Julián!, le comentó tu tía Clorinda a mi tía Florencia.

—¿Por qué no se lo dieron con Coca-Cola?

Le oí decir a mi tía Josefa, textualmente, Don Joaquín Torrejón es de “quitarle el sombrero” ...

—Yo creo que las viejas están locas.

Había que “guardar distancias” entre el General y ese mequetrefe de Pepín. Eso me lo dijo la misma Josefa.

—¿Cuál es la distancia mínima?

Serán, pues, unos tres metros ...

Mi tía Filomena exclamó: sí Cayetano no se “pone los pantalones” ahora ya será ¡demasiado tarde!

—Yo nunca lo he visto sin pantalones ...

Ya “le pidieron la mano” a Pichita, afirmó mi tía Clorinda.

—¿Para qué?

Imagínate que Don Teodoro “le ha quitado el saludo” a Don Fausto, comentó tu tía Josefa.

—Así que Don Teodoro le dijo chau a Don Fausto ...

“No le dejó tarjeta” al Embajador, exclamó indignada mi tía Florencia. Ay, cómo están las cosas, murmuró la tía Clorinda, Pupita “le devolvió su sortija” a Tramboyo

¿Era tarjeta postal, con calata?

—¿Quién le mandó darle sortija?

Mi tía Clotilde se lamentó que el señor de los altos se muriera “con una mano atrás y otra adelante”.

¿Por qué no se puso las dos adelante?

“Esa mancha no se la quitará nadie” a Don Baltazar, continuó tu otra tía Lastenia.

—¿Lamparón de aceite?

Oí clarito decir a la tía Florencia que “el mayorazgo no le daba título alguno” para usar el lema “Contra Chepén No Hay Quién” ...

—Creo que piensan poner una ferretería ...

Se puso “el chaleco” y se fue a la calle ... Advirtió tu tía Clorinda.

—¿Algo tiene que ver mi tía con la policía de tránsito?
Entre las tías decidieron que el Doctor Robles era “de una pieza”.

—¿Cuántas piezas debería tener el Doctor Robles?

La tía Josefa insistía en que al cajero de la Pulpo Comp. S. A. “lo sacaron a paso de polka” y que Don Sabino debería “poner su barba en remojo”.

—¿Qué pasito es ese?

—Don Sabino nunca ha tenido barba...

Doña Teodolinda es “toda una señora”, afirmaron Clorinda y Josefa.

—¿Todita o por partes?

El marqués supo “recoger el guante”, comentó la tía Florencia.

—Yo no sabía que era cirujano.

Les oí decir que la Señora de Torrecillas “recibía los primeros jueves” de cada mes y que la Señora de Bosque negro “recibía los lunes de seis a nueve”...

—¿Y cuánto cobran?

¿Sabes que mi marido y Don Anastasio “ya rompieron el hielo”?, la noticia se la dio mi tía Florencia a tu tía Josefa.

—¿De qué marca es la refrigeradora?

Robles “es todo un hombre”, afirmó la tía Clorinda.

—¿Cómo lo supo?

La tía Florencia se lamentó que el novio de Julieta resultó “una cataplasma”.

—¿Le salió ampolla?

Cuatro tías hablaban que Barriguiti era un “caballero a las derechas”, que fue cosa de la Providencia y que Maruja pudo haber “perdido la honra”.

—Se pasaron Pata ... ¿No hay un caballerazo a las izquierdas?

—¿En qué distrito queda ese Pueblo Joven?

—¿Dónde encontró Maruja a la honra?

Entre los Iturbi y los Quispe se necesita “limar muchas asperezas”, comentó la tía Josefa.

—Dile que el tío Octavio tiene una fábrica de lija.

Ay, esta mañana “me levanté con el pie izquierdo”, se quejó la tía Clorinda.

—¿Se tropezó con la bacinica?

—Cuando se casó Pichona tenía una “boquita de rubi”, recordó tu tía Florencia.

—No me vengas. . .

En el té de tías que le dieron a Biyucita, el cholo Chumpi, que pasó por ahí, oyó que dijeron, “nobleza obliga” y “de tal palo tal astilla”.

—¿Los condes debían hacer gallineros?

“Al hecho pecho”, exclamaron Josefa, Clorinda y Florencia, al tomar una resolución.

—Pero si las tres son chatisimas. . .

El tío Absalón entró furioso y gritó, ¡yo soy “muy dueño de mi mismo”!

—¿Y de quién cree él mismo que puede ser de si mismo?

—De su mami.

Mi tía Clorinda me dijo que yo era muy “ordinario”.

—Quiso decir muy trome.

—¡Ah!

—Nos vemos. . .

—Olvídate.

II EL LENGUAJE DE LOS SOBRINOS

Se habían reunido siete tías y no entendían nada de lo que decían los sobrinos.

¿Sabes lo que me dijo el hijito de Josefa? Oye “tecla” “tírale una lenteja” a la “jeba”. Y me mostró a su novia.

Yo oí a tu sobrino que le pedía algo a Florencia. Dame un “loco” y un poco de “ripio”, no tengo “tabas”, se me ha roto la “mica” y tengo que irme a “pativilca”. Yo le dí diez soles. Ni para una “Cheva”, me respondió.

Me está siguiendo el “tombo” porque cree que me he “tirado” un “roca”. Como me “corbatié” me fui de “costa rica”, tomé un “microbio” y aquí estoy “corbateado”.

El chico estaba muy asustado y entonces le aconsejé que se arreglara y hablara con su tía Clorinda que lo quiere tanto.

Tía, le dijo, estoy con “ternera”, “luquea” qué tal “percha”, así, me siento “faite”.

¿Sabes lo que me dijo tu sobrino Cuy? “Quítate” “tecla”.

Ah, eso es existencial, quiere decir desaparece, explicó la tía Filomena. Ay, pero qué expresión tan sugestiva...

Es una grosería, afirmó la tía Yolanda.

Qué pena, exclamó la tía Lastenia, anoche llegó mi sobrino Meco medio mareado diciéndome disparates. Que tal “roche”, me encuentro “asado”, estoy “caín” y “colgado”, pero éste es mi “hueco” y aunque no “hice luz” me tiré un “huiró” en el “tono” ¡ah! y estoy en un “vuelo” que es puro “vacilón”...

¿Y qué hiciste con Meco?, preguntó Lastenia. Lo metí a la cama. Al día siguiente le oí una conversación con el sobrino de Teodolinda.

Oye, vamos a “tirar combo”. No, yo me voy “solano”

a la "yapla". ¡Uf! mañana tengo "cualquier cantidad de chamba", con solo pensarlo me estoy "achorando".

Algo pude comprender, le dijo la tía Clorinda a la tía Lastenia, quien le contó que había visto al hijito del Dr. Alomías con la hijita de doña Matilde. Parece que "salen juntos"...

¿Qué te parece?, le preguntó Clodolinda a su sobrino Robertito.

¡Un "ganso" con una "federica"!

Las tías se quedaron muy desconcertadas.

Estaban las siete tías preparando el té cuando de pronto entró medio calato Adolfito, sobrino de la Marica.

"Teclas", les dijo, ustedes deberían ponerse en onda, como yo, que soy un "fichito" bien "tiza" y un "capo" en moto, sin embargo me han "tazado" como un "choro" y un "patuto" quiere "encanarme".

Las tías sintieron que Adolfito estaba perseguido y llamaron por teléfono a sus primos Choro y Culebra.

¿Estás de "saco largo" por tu costilla la Teti? No te hagas "cherry", le dijeron los primos. Adolfito murmuró, No, me espera una "rupa", no tengo "huita", la "chata" la tengo vacía, sólo tengo dos "fallos" y un relojito de "cutra". Tengo mucho "ambrosoli". ¿"Manyaron" las "teclas"?, y le dijeron chau a las tías. No entienden ni "piola"...

Las tías se quedaron comentando. Ay, la juventud de hoy, pero si son buenísimos... Cuy está enfermito pero no se deja curar. La intelectual Clorinda explicó que ellos sienten que la experiencia ha culminado su victoria en la bomba atómica y, como la experiencia es fruto del pasado ellos han suprimido el pasado; han tenido el porvenir. Los sobrinos viven pues en presente, piensan en presente y, naturalmente, hablan en presente con palabras nuevas. Nosotras pasadas, llenas de experiencia, hablamos un idioma fiambre... ¿Y qué hará la Academia de la Lengua?, pre-

guntó la tía Josefa. Cambiar el diccionario, respondió la tía Tula. Yo no he entendido ni pío murmuró la tía Clodolinda, pero los sobrinos, quieran o no quieran, son el futuro...

¡¡Se “pasó” la tía Clodolinda!!, gritaron los sobrinos antes de irse.

¡Es una “trome”! Que “tecla” tan “paja”!...

CONSULTAR EL NUEVO DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA

Tecla: vieja	Ganso: sonso.
Tírale una lenteja: échale una mirada.	Tombo: policia.
Jeba: chica.	Tirado: robar.
Loco: mil soles.	Roca: carro.
Ripio: sencillo.	Corbatié: asusté.
Tabas: zapatos.	Costa rica: de costado.
Mica: camisa.	Microbio: micro.
Pativilca: a pie	Corbateado: asustado.
Cheva: Cerveza.	Ternera: ternero.
Luquea: mira.	Federica: fea.
Percha: elegancia.	En onda: al día.
Faite: elegante.	Fichito: muy vivaz.
Quítate: retírate.	Tazado: mirado.
Roche: molesto	Choro: ratero.
Asado: molesto.	Patuto: patrullero.
Cáin: no tener un céntimo.	Encanarme: encarcelarme.
Hueco: casa.	Saco largo: dominado por las mujeres.
No hice luz: no hacerse ver.	Costilla: enamorada.
Tire: tome.	Cherry: no seas sonso.
Huico: pito de marihuana.	Rupa: rufiana.
Tono: fiesta.	Chata: botella de ron.
Vacilón: divertirse.	Fallos: cigarros.
Combo: comer.	Cutra: contrabando.
Solano: solo.	Ambrosoli: hambre.
Yapla: playa.	Piola: no entiende nada.
Chamba: trabajo.	Trome: genial, campeona.
Achorando: amargarse.	Paja: tan buena.

(En “Contacto” junio y agosto 1980)

LA HORA DE QUEVEDO (*)

Por Aurelio MIRO QUESADA S.

Se cumple en estos días el cuarto centenario del nacimiento del ilustre Don Francisco de Quevedo Villegas, bautizado en la iglesia madrileña de San Ginés el 26 de setiembre de 1580. Poeta, novelista, entremesista, político, teólogo, filósofo, rodeado por la fama pero también herido por esa misma fama, su nombre ha alcanzado con los siglos más elogios retóricos que conocimiento exacto del público común. Vivió escribiendo y zahiriendo, alternó honores y prisiones y terminó recluido y abatido en su Torre de Juan Abad, para morir en la cercana Villanueva de los Infantes en 1645. Hombre de su tiempo, reflejó de su tiempo la acción y el pensamiento, el brío vital y el desengaño, el contraste constante entre la ilusión alta y el realismo mezquino. Improvisador genial y también erudito infatigable, no ha dejado una obra que lo recoja por entero; ("innumerable como un árbol, pero no menos homogéneo", ha dicho de él Jorge Luis Borges).

(*) (Artículo publicado en "El Comercio" de Lima, el 23 de setiembre de 1980).

Como consecuencia de su vena satírica, por lo común se le recuerda sólo por una de sus caras: la de la burla amarga, la del chiste sarcástico, o simplemente de la gracia festiva de las letrillas y las jácaras; como la de vigencia permanente:

Poderoso caballero
es Don Dinero.

Pero se relega injustamente la otra cara de su poesía: la profunda, la de meditación moral, la de consideración ascética de la caducidad de las cosas del mundo; como en su hermoso soneto sobre Roma, cuyas murallas y templos han caído en tanto que sigue fluyendo el Tíber, porque “lo fugitivo permanece y dura”; o como el estremecedor soneto del amor que vive más allá de la muerte:

Médulas que han gloriosamente ardido
su forma perderán, no su cuidado.
Serán ceniza, mas tendrán sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

Porque Quevedo es, en el fondo y en la forma, representante insigne de los contrastes de su tiempo. El mismo Quevedo del descaro, o aun del chiste procaz, es el pensador hondo, el reflexivo que concilia el severo estoicismo pagano con la trascendencia y la nobleza del mensaje de Cristo. El barroquismo de su estilo es a la par culto y plebeyo, concentrado en conceptos y despilfarrado y vibrante en palabras. Quevedo es sin duda alguna uno de los más grandes manipuladores del idioma, creador de giros y vocablos, jugador con metáforas, caricaturista con hipérbolos. Se diría que su lenguaje tiene jugo, cuando le escuchamos hablar del “naricísimo” que “érase un hombre a una nariz pegado”, de las calles que se hundían “a gritos de las mujeres”, de la

buscona que empuja con sus faldas "las aceras de las plazuelas", de los charlatanes que aniegan el barrio "en diluvios de conversación", de los mulatos que son "hombres crepúsculo entre anochece y no anochece".

Nada más expresivo que el esperpéntico retrato del dómine Cabra en la célebre *Vida del Buscón*: "Era un clérigo cerbatana... Los ojos avecindados en el cogoté, que parecía que miraba por cuévanos;... las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina;... el gaza largo como avestruz;... Mirando de media abajo parecía tenedor, o compás con dos piernas largas y flacas;... le sonaban los huesos como tablilla de San Lázaro... Cada zapato podía ser tumba de un filisteo... La cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado, por no gastar las sábanas. Al fin, era archipobre y protomiseria".

El Buscón no es en realidad una novela picaresca aunque se le vincule siempre al género, sino una sátira social. Pareja en cierta manera de su espíritu es la alborotada serie de los *Sueños*, o fantasías morales, que en sus mismos títulos indican su contenido y su propósito: "El sueño de las calaveras", "El alguacil alguacilado", "El sueño del infierno" o "Las zahurdas de Plutón", "El mundo por de dentro", "La visita de los chistes", "El entremetido, la dueña y el soplón" y el incorporado después a ellos, "La hora de todos y la fortuna con seso". Cuadros que recuerdan en algo las Danzas de la Muerte medioevales o que anticipan los tremendos aguafuertes de Goya, en ellos desfilan decenas y centenas de personajes, españoles de un lado y de otro de una auténtica representación universal, reyes, validos, médicos, boticarios, letrados, escribanos, poetas, soldados, sacristanes, sastres, taberneros, mohatrerros, tahúes.

Entre las burlas y las veras de "La hora de todos" hay una sabrosa decena de episodios sobre la política internacional en la primera mitad del siglo XVII. Rivalidades so-

bre todo entre Francia y España; Italia dividida, con cada región codiciada por los vecinos; Inglaterra egoísta y desconfiada; Francia que intriga y que quiere ganar un capelo cardenalicio para encubrirse lo "calvino". El Duque de Moscovia esquilma con tributos y el Señor de los Turcos no recurre a la ley sino al alfanje. En las tierras de América los holandeses atacan los flotas españolas, ocupan la costa del Brasil y acechan los tesoros que parten de Lima y Potosí. Quevedo advierte sobre esta común amenaza contra España, que le hizo decir en otra parte:

Y es más fácil, oh España, en muchos modos
que lo que a todos les quitaste sola
te puedan a tí sola quitar todos.

Pero a pesar de su nacionalismo vigoroso, Quevedo no reprime las críticas a su país; el Rey pierde su tiempo entre los regalos de la Corte; el arbitrario Conde-Duque se rodea de quienes sólo buscan el negocio; hay jueces prevaricadores, burócratas lentos, recaudadores abusivos. ¿Qué hacer entonces para salvar a España? Esto no lo propone Quevedo en sus *Sueños*, sino en otras obras hoy menos leídas pero que son fundamentales para conocer su pensamiento: las reflexiones estoicas de su *Marco Bruto*; los austeros tercetos de su *Epístola censoria*; la energía y la hondura de su *Política de Dios*, que no es sólo la afirmación de la doctrina sino la aplicación de la norma cristiana al arte de gobernar.

Y es así cómo Quevedo el desenfadado, Quevedo el cínico, Quevedo el amargado ("hombre dado al diablo, prestado al mundo y encomendado a la carne"), nos da en sí mismo el mejor ejemplo del contraste barroco: la burla cruel de las pompas del mundo y la fe indestructible en los valores eternos del espíritu

que no consiente márgenes ni orillas.

PAPELETAS LEXICOGRAFICAS

Voces y acepciones de uso peruano incorporadas en el
Diccionario de la Real Academia

(Octubre 1979 - Junio 1980)

- aca.* (Del quechua *aka*). f. Excremento.
- ahuevado, da.* p.p. de *ahuevar*. // 2. adj. *Col., Nicar., Pan. y Perú.* Acobardado, atontado. U.t.c.s.
- ahuevar.* ... // 1. Dar forma de huevo a algo. // 2. *Col., Nicar., Pan. y Perú.* Atontar, azorar, acobardar. U.t.c. prnl.
- ajipa.* (Del quechua *asipa*). f. *Bol. y Perú.* Planta papilionácea con tubérculo de zumo azucarado. *Pachyrrhizus tuberosus* Spr. o *Helianthus tuberosus* L.
- apisonadora.* ... // 2. *Amér.* aplanadora.
- basurear.* tr. *Argentina, Perú.* Tratar mal o despectivamente a una persona.
- bola.* ... // 13 bis. *Col., Guat., Pan., Perú,* bulo, infundio con fines interesados. // *correr la bola.* expr. fam. *Guat.* Divulgar noticias inquietantes.
- cana.* f. vulg. *Col., Perú.* Cárcel.
- cotizar.* ... // 4. *Chile y Perú.* Poner precio a un objeto.
- chompa.* f. *Argent., Bol., Col., Chile, Ecuad., Par., Perú y*

- Uruguay*. Chaqueta o prenda análoga de lana u otro tejido, que cubre el torso.
- chuncho*. (Enmienda a la etimología). (Del quechua *ch'un-chu*, salvaje).
- encanarse*. intr. *Col., Perú*. En el lenguaje del hampa, ingresar en la cárcel.
- envarado*. m. *Perú*. Autoridad de las comunidades indígenas cuya misión es ejercer funciones municipales y componer amigablemente las diferencias.
- fintear*. intr. *Amér.* Hacer fintas, amagar.
- huevón*, na. adj. vulg. fam. *Amér.* Lento, tardo, bobalicón, ingenuo. U. t. c. s.
- indio*, dia. . . // *subírsele a uno el indio*. fr. fig. *Amér.* montar en cólera, emberrinchinarse, airarse.
- jagüel*, m. *Amér., Merid.* jagüey.
- multifamiliar*. m. *Amér.* Edificio de varias plantas, con numerosos apartamentos, cala uno de los cuales está destinado para habitación de una familia. U. t. c. s.
- órbita*. . . // *estar en órbita*. fr. fig. *Chile, Perú*. Actuar de acuerdo con un acontecimiento o tendencia de actualidad.
- pardo*, da. . . // 6. (Enmienda). *Amér., mulato*, mestizo de negra y blanco, o al contrario.
- punta*. . . // *una punta de*. *Amér.* loc. fam. que pondera la abundancia de algo.
- sapo*. . . // 5. (Enmienda). *Argent., Bol., Chile, Par., Perú y Uruguay*. Juego de la rana.
- tauca*. (Enmienda). (Del quechua *tauqa*, montón).
- tulpa*. (Del quechua *tullpa*, hogar, fogón). f. *Col., Ecuad. y Perú*. En el lenguaje rural, cada una de las tres piedras del hogar.
- varar*. . . // 3 bis. *Amér.* Quedarse detenido un vehículo por avería.

INFORMACIÓN ACADEMICA

Nuevos Académicos de Número

En la Sesión de 27 de marzo del presente año, y en aplicación de los artículos pertinentes de nuestros Estatutos, se procedió a la elección de nuevos Académicos de Número, a fin de cubrir las ocho vacantes existentes. Resultaron elegidos D. Luis Alberto Sánchez, D. Manuel Solari Swayne, D. Miguel Angel Ugarte Chamorro, D. Carlos Germán Belli, D. José Agustín de la Puente Candamo, D. Antonio Cornejo Polar, D. Luis Hernán Ramírez y D. Enrique Carrión Ordóñez

Fueron elegidos Académicos Correspondientes D. Enrique Peña Barrenechea y D. Julio Ramón Ribeyro.

D. Luis Alberto Sánchez, nacido en Lima en 1900, es escritor de elevado prestigio continental y tiene una vasta obra literaria caracterizada por su agilidad y brillantez. Como crítico ha tratado casi todos los temas de nuestra evolución cultural en tratados y ensayos con puntos de vista originales y juicios penetrantes. Es además muy densa y sugestiva su acción periodística.

D. Manuel Solari Swayne, nacido en Lima en 1914, es un prestigioso literato con vastísima producción en los cam-

pos de la crítica de arte, del tradicionalismo estético y del ensayo periodístico, donde destaca la alta calidad de su estilo.

D. Miguel Angel Ugarte Chamorro, nacido en Arequipa en 1910, ha dedicado más de treinta años de labor fecunda e ininterrumpida al estudio y enseñanza de la lengua española, destacando por su profundidad y erudición en la materia. Es autor de valiosos ensayos en el campo de la investigación lingüística.

D. Carlos Germán Belli, nacido en Lima en 1927, es un destacado poeta y crítico de literatura. El valor de su obra poética ha traspasado las fronteras patrias y es actualmente pieza imprescindible de las Antologías de la Poesía Hispanoamericana. Sus poemas han sido traducidos a varios idiomas y al mismo tiempo él ha vertido en magníficas traducciones al castellano la poesía de destacados poetas brasileños.

D. José Agustín de la Puente Candamo, nacido en Lima en 1922, distinguido investigador y catedrático universitario, dedicado fundamentalmente a la historia, es un excelente conocedor de nuestras letras y un investigador profundo del proceso cultural del país. Es autor de numerosos e importantes ensayos sobre temas de su especialidad.

D. Antonio Cornejo Polar, nacido en Lima en 1936, es un destacado crítico literario y profesor universitario de literatura, cuya obra ensayística de gran valor está reconocida en los medios intelectuales. Cuenta con valiosas y documentadas obras sobre narrativa peruana y trabajos filológicos sobre un vasto sector de la literatura hispanoamericana.

D. Luis Hernán Ramírez, nacido en Moyobamba en 1928, es un destacado lingüista y profesor universitario de lengua y de lingüística y filología, así como cultivador de la poesía y crítico de la misma. Tiene una vasta e importante obra poética publicada y numerosos estudios en torno de la lingüística con insistencia en el español del Perú.

D. Enrique Carrión Ordóñez, nacido en Lima en 1934, es un serio investigador de los problemas del lenguaje, prestigioso profesor universitario y autor de destacados trabajos sobre filología, etimología y lingüística y de numerosas reseñas críticas destinadas a enjuiciar obras sobre temas de su especialidad.

Congratulación y aplauso por la realización del VIII Congreso

En la Sesión del 10 de julio del presente año el Director de la Academia Peruana de la Lengua, D. José Jiménez Borja, expresó con efusión palabras de entusiasmo por la realización del VIII Congreso de Academias de la Lengua Española, realizado en Lima el pasado mes de abril; por la organización; por el local del Museo Nacional de Historia donde se llevara a cabo; por la calidad de los trabajos cumplidos; así como por la original presencia de Observadores, lo que había concitado una especial expectativa en los medios culturales y universitarios, en particular, en nuestro país.

A propuesta del Director se acordó, por unanimidad, otorgar un voto de congratulación y aplauso a la Comisión Organizadora que presidió D. Augusto Tamayo Varpas. Y a continuación otro similar a la Comisión Académica del mismo certamen, que presidió D. Aurelio Miró Quesada.

Por iniciativa de este último se tributó igual honor a la Mesa Directiva del Congreso, que presidió D. José Jiménez Borja y cuyo Secretario General fue D. Augusto Tamayo Vargas.

Se acordó también un agradecimiento especial al Ministro de Educación, General José Guabloche Rodríguez, por el decisivo apoyo prestado para la realización de este Congreso de singular resonancia en la vida nacional.

Fondo Bibliográfico

En la Sesión del 1^o de julio, al aprobarse las cuentas del VIII Congreso, se tuvo en cuenta un superávit de S/. 450,000.00 que, por acuerdo tomado en dicha sesión, ha sido destinado a iniciar un Fondo Bibliográfico a fin de comprar libros para la institución. Se ha nombrado para ello una Comisión Especial integrada por los Académicos D. Alberto Tauro, D. Luis Hernán Ramírez y D. Enrique Carrión Ordóñez.

Veneras

Se ha considerado la necesidad de que la Academia posea dos Veneras propias, para su uso en las ceremonias, aparte de las que particularmente tienen los Académicos. Por tanto, en la Sesión del 10 de julio, se acordó encargar a D. Carlos Eduardo Zavaleta, Consejero Cultural de la Embajada del Perú en España, la compra de las citadas veneras; las mismas que han venido a formar parte del patrimonio de la Academia Peruana de la Lengua.

Homenaje a D. Jorge Basadre

En la Sesión del 10 de julio y a solicitud del Director de la Academia D. José Jiménez Borja, los Académicos, puestos de pie, rindieron homenaje a la memoria del distinguido historiador peruano y Miembro de Número de nuestra Academia, D. Jorge Basadre.

En otra sección publicamos el discurso que pronunció en el sepelio del ilustre Académico desaparecido D. José Jiménez Borja, a nombre de la Academia Peruana de la Lengua. Discurso que, a propuesta del Académico D. José

Luis Bustamante y Rivero, mereció un voto de felicitación por parte de la Academia.

Como un nuevo homenaje al ilustre historiador, en el mes de noviembre la Municipalidad de San Isidro bautizó con el nombre de Jorge Basadre la Avenida de ese distrito donde él vivió por muchos años.

Incorporación del Académico D. Alberto Tauro

En 28 de agosto del presente año, la Academia Peruana de la Lengua celebró una sesión pública en el salón de actos del Instituto Nacional de Cultura. Luego de las palabras de ofrecimiento del Director de la Academia D. José Jiménez Borja, el nuevo Miembro de Número D. Alberto Tauro leyó su discurso de incorporación titulado "Concepto del Perú". Contestó al recipiendario el Académico D. Augusto Tamayo Vargas.

Ambos discursos se publican en este número del Boletín.

Destacada actuación de D. José Luis Bustamante y Rivero

Entre los acontecimientos del año vinculados con Miembros de la Academia Peruana de la Lengua, cabe resaltar la labor cumplida por D. José Luis Bustamante y Rivero, ex-Presidente Constitucional de la República, como Mediador en el diferendo surgido entre las Repúblicas de El Salvador y Honduras.

El Protocolo de Paz se firmó por Delegados de ambos países en el Palacio de Gobierno del Perú, con la presencia del Presidente Arq. Fernando Belaúnde Terry, quien pronunció expresivas palabras sobre este singular acto cuyo ejecutor ha sido D. José Luis Bustamante y Rivero, para quien se ha solicitado, por diferentes vías, el Premio Nobel de la Paz para el próximo año.

Comisión Lexicográfica

La Comisión Lexicográfica ha continuado reuniéndose mensualmente, como es de costumbre. En el curso de la Sesión del 10 de julio del presente año, y a propuesta del Director de la Academia D. José Jiménez Borja, se ha elegido Presidente de la Comisión al Académico D. Luis Jaime Cisneros.



I N D I C E

	Pág.
JORGE BASADRE (1903-1980), por José Jiménez Borja	9
JORGE BASADRE, HISTORIADOR DE LA REPUBLICA, por Jorge Guillermo Llosa	11
INCORPORACION DEL ACADEMICO DON ALBERTO TAURO DEL PINO:	
"Concepto del Perú", por Alberto Tauro	15
Discurso de respuesta, por Augusto Tamayo Vargas	43
VIII CONGRESO DE LA ASOCIACION DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA	61
LISTA DE ACADEMICOS PERUANOS DE LA LENGUA, por César Gutiérrez Muñoz y Luis Alberto Ruiz Ramírez	71

EL LENGUAJE DE LAS TIAS Y EL LENGUAJE DE LOS SOBRINOS, por Héctor Velarde	89
LA HORA DE QUEVEDO, por Aurelio Miró Quesa- da S.	97
PAPELETAS LEXICOGRAFICAS:	
Voces y acepciones de uso peruano incorporadas en el Diccionario de la Real Academia	101
INFORMACION ACADEMICA	103



Esta obra se terminó de imprimir el
16 de Enero de 1981, en los Talleres
Gráficos P. L. Villanueva S. A., Reg.
Ind. 9796. — Jirón Yauli 1440 - 50.
Chacra Ríos, Lima - Perú. Telf. 23-2440